

FBI

**A
FEDERAL
CRIME**

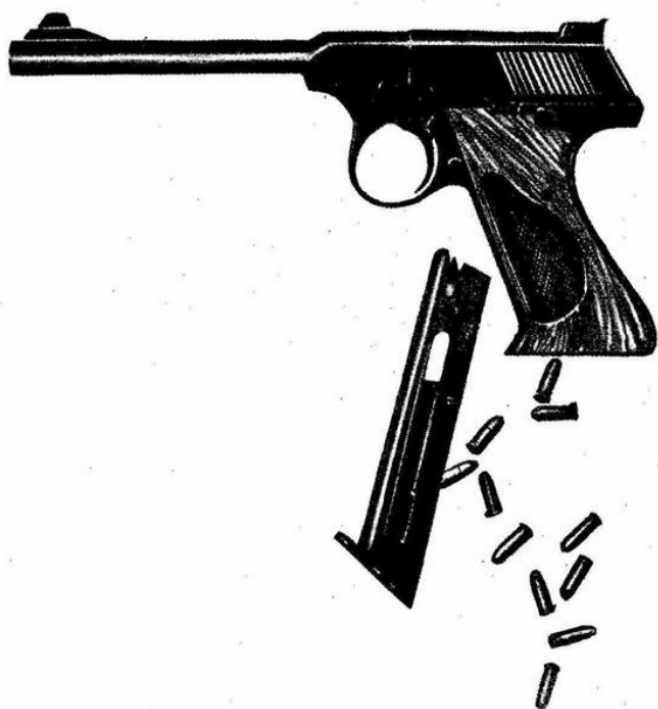
Jeff Lassiter

**DELITO
FEDERAL**

#R



FBI



JEFF LASSITER

Delito federal

Primera edición

LIBROCASION

C/ VALLEHERMOSO, 48-LOCAL DERECHA

28015-MADRID

EDITORIAL ROLLAN S. A.

PINTO (Madrid)

ESPAÑA

LIBROS NUEVOS Y USADOS

CAMBIO-COMPRA-VENTA NOVELAS

CRUCIGRAMAS-PASATIEMPOS

Tel: 91 445 57 54

© Jeff Lassiter
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 11.582 - 1971

Printed in Spain

Suc. de Rivadeneyra, S. A. - MADRID

Capítulo I

TENEMOS a su marido. Si no deposita cien mil dólares en billetes usados, de diez, veinte y cien dólares, sin numeración correlativa, en el lugar y a la hora que se le indicará, no volverá a verlo con vida, señora Hughes... Y si avisa a la policía, tampoco.

Esta vez, la señora Hughes avisó a la policía. Y como en los Estados Unidos el secuestro es delito federal, el

F. B. I.,

entró inmediatamente en funcionamiento, haciéndose cargo del caso.

Se lo encomendaron a Terry Telford. ¿Qué quién diablos era Terry Telford? Pregúntenselo a los hampones de la costa oriental y ellos les contestarán. La mayoría afirmarán, sin duda, que prefieren a los duros agentes de la escuela clásica, esos del «Tercer Grado» y todo lo demás, antes que a...

—Ese maldito «*dandy*» que parece un actor de cine y nunca levanta la voz ni te pone las manos encima, pero que cuando coge a uno por su cuenta lo vuelve del revés, le saca hasta las tripas para ponérselas al sol y termina enterándose hasta del día que le salieron los primeros dientes...

Era un tipo extraordinario el inspector-jefe Telford. Tenía cuarenta y dos años, aparentaba treinta y cinco. Vestía como un «*gentleman*» del tiempo en que aún había «*gentleman*» hablaba un inglés con acento de Oxford que daba grima a sus colegas y a mucha gente más, conocía al parecer por el «*bouquet*» todos los excelentes vinos y licores del mundo, detestaba a todas las mujeres en general y a las norteamericanas en particular, usaba un hermoso bigote totalmente europeo, dominaba seis idiomas vivos y cuatro lenguas muertas, coleccionaba caracoles marinos y revistas

ilustradas infantiles, estaba licenciado en media docena de disciplinas tan raras como Lenguas Antiguas y Parapsicokinesis, era un especialista en Magia Negra y Demonología, usaba ropa interior de seda natural, era campeón de esgrima con espada, sable y florete... De hecho, la simple relación de sus habilidades, gustos, aficiones y conocimientos ocuparía muchas líneas y resultaría algo así como una enciclopedia de lo «raro».

Aunque hijo de una mujer oficialmente norteamericana y, por tanto, él mismo legalmente norteamericano, el inspector Telford no había nacido en los Estados Unidos, sino en determinada isla mediterránea donde su madre estaba pasando una temporada de reposo en compañía de su tercer marido, un aristócrata británico-francés o franco-británico, para entonces ya existía la profunda amistad entre ambos países y tanto da una cosa como otra. Después, y mientras su progenitora iba tomando y despachando, sucesivamente, a otros cinco esposos antes de morir conduciendo uno de esos diabólicos artilugios con cuatro ruedas de caucho, a no dudarlo la más grande y efectiva exportación de su gran país, a la cultura universal, como lo prueban sus resultados, Terry Telford creció, estudió y se convirtió en todo un hombre. Un hombre extraño, incluso en Inglaterra, donde es sabido que toda excentricidad y todo tipo extraño tienen su cuna, centro y caldo de cultivo.

Luego, tuvo, como todo buen «boy» de su país, que ir a llevar la paz y la civilización, con todos sus innumerables beneficios, a uno de esos países asiáticos: Japón, Corea, Vietnam que nunca bendecirán bastante, los muchos y patentes bienes llegados del cielo para ellos y sus habitantes gracias a los chicos del Tío Sam. Terry Telford mató a su debido tiempo su cupo de «amarillos desagradecidos» y recalcitrantes, incluso hizo más que eso, se ganó una alta distinción militar. Y luego le dijo en sus narices a un general lo que opinaba de la guerra, de los generales y del militarismo más o menos democrático, así como de los inmensos negocios que hacían los inmensos negociantes de su país con las inmensas matanzas asiáticas. Naturalmente, fue sometido a consejo de guerra, declarado comunista, degradado y devuelto, vía Japón, a la patria, para purgar allí una temporada de prisión militar.

Sólo que Terry Telford no era como otros. Tenía amigos en los

lugares más inesperados, no sólo en el país, sino en muchas otras partes. Se las arregló para que sus amigos conocieran lo sucedido y el resultado de todo aquello fue un general mandado al retiro por la vía rápida, un teniente coronel expulsado de las Fuerzas Armadas, media docena de degradaciones, la rehabilitación del teniente Telford y su inmediata salida, con honores pero rechinando los dientes un montón de militares de la vieja escuela de la prisión militar.

Entonces Terry Telford, que había pasado su tiempo en prisión y antes mucho de su tiempo de servicio militar estudiando las costumbres, los hábitos mentales y todo eso, de sus compatriotas, así como sus leyes, códigos, etcétera, hizo algo del todo asombroso, dados sus antecedentes. Solicitó entrar en el

F. B. I.

En el

F. B. I.,

fue una bomba. Comenzando por el todopoderoso e intocable «Viejo», las jerarquías formaron un bloque compacto contra aquel audaz intelectual de extrañas costumbres y subversivas opiniones que pretendía convertirse en uno más del «sistema». Un montón de esos políticos furibundamente nacionalistas y agresivos que ven enemigos de su país en todas partes donde hay un contestatario de sus sinecuras, negocios, contubernios y otras zarandajas, pusieron el grito en el cielo y también trataron por todos los medios a su alcance de cerrarle el camino. Se recurrió a toda suerte de presiones, desde la conversación amistosa al cañón de revólver en la nuca, que admite la Constitución de los Estados Unidos según se comprueba a diario en cine, prensa y televisión...

No se salieron con la suya. Terry Telford demostró conocer sus derechos constitucionales mejor que nadie, se agenció abogados tan poderosos como sus enemigos, convirtió su caso en bandera y consiguió finalmente nada menos que una sentencia del Tribunal Supremo, la cual afirmaba que a un ciudadano norteamericano sin antecedentes penales, en posesión de la más alta condecoración al valor que daba la patria, no se le podía negar constitucionalmente su derecho a entrar a formar parte en uno de los cuerpos que protegen a la comunidad contra los delincuentes, siempre y cuando pasara las pruebas reglamentarias.

Aquí quisieron cazarlo, pero fallaron una vez más. Porque Terry Telford demostró ser un superdotado. Finalmente, tras cuatro años de pugna, se convirtió en agente federal.

Sus enemigos creían que ahora iba a dimitir y dedicarse a disfrutar de su dinero —era rico por parte de padre y de madre— o bien a probar fortuna en la política aprovechando la popularidad ganada. Volvió a engañarles y defraudarles. Al mes justo de entrar en el cuerpo obtuvo su primer éxito sonado capturando él solito —no le prestaban la menor ayuda, sino todo lo contrario, sus compañeros siguiendo órdenes del Mando— a uno de los «diez más buscados» del mes en el país, un tipo, convicto de doble homicidio que fue el primero en poner una piedra en el ya alto edificio de la fama del inspector Telford.

—No sé cómo lo logró, el muy... Ya lo tenía encañonado cuando sentí un mareo... y lo que vi después fueron las esposas en mis muñecas.

Sí, el inspector Telford se salió con la suya. El «Viejo» tardó casi cinco años en admitir que, aunque personalmente le reventaba aquel subordinado, en él tenía a uno de sus mejores hombres y firmar la propuesta de ascenso a inspector. Para entonces ya eran muchos sus compañeros que preferían ser sus amigos. Y desde luego, los políticos enemigos suyos estaban callados como muertos desde que a uno de los que más encono le mostraban lo «empaquetó» sacando a luz pública, con toda suerte de pruebas, su conexión con el hampa y sus sabrosos beneficios obtenidos de ayudar, por un lado, a conocidos delincuentes en sus pingües negocios y, por otro, a importantes empresas vendedoras de pertrechos militares que gracias a su mediación obtenían contratos sustanciosos.

De todos modos, el inspector Telford ascendía contra viento y marea de una oposición muy dura, no toda, por cierto, entre el hampa. Once veces se atentó contra su vida, pero siempre sin suerte. En doce años, sólo había tenido que dar muerte a cinco hampones «récord» de magnanimidad difícilmente superable; pero en cambio había enviado a tres centenares largos a presidio por distintos delitos federales. Cuando ocurría algo fuera de lo habitual, se le encargaba a él, a ver si fracasaba por fin. Pero debía tener no uno, sino una docena de ángeles protectores...

¿Y qué tenía de particular el hecho de que un ciudadano fuera secuestrado, para encargárselo al inspector Telford? En Estados Unidos se secuestran a diario docenas de ciudadanos, pues ya se sabe que en ese país todo se realiza masivamente.

El señor Haycock H. Hughes, en realidad, tenía muy poco de extraordinario, según tuvo a bien manifestar la computadora mecánica a la cual se le pasaron los datos necesarios para obtener el debido informe.

«Cuarenta y siete años, un metro con ochenta y dos centímetros de estatura, calvicie incipiente, nariz corva, boca abultada, cejas espesas, ojos pequeños, de color azul claro. Una peca grande en la parte trasera de la mandíbula inferior, bajo la oreja izquierda...».

Al parecer era un tipo de lo más vulgar, ejecutivo de una empresa de construcciones con los gustos, los vicios, las inhibiciones y los hábitos de vida del noventa por ciento de los norteamericanos de edad mediana.

Sin embargo, el inspector Telford acogió su nuevo servicio con alegría. Inmediatamente abandonó las oficinas locales del F. B. I.

y subió a su estupendo convertible rojo «sangre de buey» —era su color favorito, el de sus batines hogareños— encaminándose a Floredale Drive.

Floredale Drive era una de esas calles norteamericanas de barrio residencial tan prodigadas en el cine y la televisión, donde, según los tipos que hacen el cine y la televisión, habitan los empleados, comerciantes, funcionarios públicos, rentistas y demás baja mesocracia norteamericana. Luego los pequeños mesócratas europeos lo ven en las pantallas de sus televisores y piensan si no ha llegado ya la hora de hacer la revolución. Sólo que desde la francesa, nunca han hecho revoluciones los pequeños mesócratas, a lo sumo se limitaron a prenderle el fuego a la mecha. —Una calle muy grande, donde podrían estacionar tranquilamente docenas y docenas de automóviles, pero donde nunca hay más de uno o dos de esos cochazos «made in U. S. A»—. ¡Y como se les ponen de largos los dientes a los propietarios de un utilitario cuando ven tanto espacio desaprovechado en las pantallas...! ...Con «cottages» y «*bungalows*» y «villas» de todos los calibres de la cursilería arquitectónica rodeados de jardín, con caballeros de mediana edad

en mangas de camisa o atuendo deportivo regando su césped, recortando sus setos, haciendo todas las labores de hombrecitos de su casa con el aspecto de sana felicidad rubicunda, casi infantil, que les caracteriza. Las damas no estaban a la vista, era la hora de ir de tiendas, reuniones sociales, «*meetings*» en pro de cualquier cosa, manifestaciones con pancartas...

La vivienda de los Hughes no se diferenciaba demasiado de las demás del barrio. Ni la señora Hughes de cualquier otra cuarentona norteamericana de la mesocracia. Rubia, aún esbelta, muy maquillada, muy peinada, muy vestida, muy enojada, muy vigilante de su aspecto físico, muy psiquiatreada... Al ver al ejemplar humano que le enviaba la Ley debió sentir algo parecido a lo que sienten los árboles cuando llega marzo pues se la notó revivir de golpe y su sonrisa se... excedió diez, coma, uno, en la escala de Freschner, o sea que se volvió incandescente.

—¡Pase, pase, inspector! Tomará un trago, ¿verdad? Justo me estaba preparando algo para entonar los nervios...

Telford asintió con aquella sombra de sonrisa que para ellas era uno de sus mayores encantos, tal vez por lo que tenía de ofensiva, y pasó al interior pausadamente, seguido por la gallina cacareante, que antes de cerrar tomó buena nota de que al menos dos de sus vecinas habían presenciado la llegada de tan estupendo ejemplar masculino a su domicilio y se esponjó imaginándose lo que las otras imaginarían...

Capítulo II

AQUELLA casa era asquerosamente moderna y confortable, con el asqueroso «confort» ultramoderno hecho de máquinas y artilugios de todas clases que no dejan nada al esfuerzo físico o mental. Perfectamente adecuada a su dueña, nítida, pulcra, todo en su lugar. Repugnante.

Y la señora Hughes repugnantemente vulgar también. Desde luego no parecía demasiado preocupada por la suerte de su marido.

—Naturalmente no pienso darles ese dinero, inspector. Haycock no vale cien mil dólares.

Telford terminó de encender su cigarrillo de tabaco turco —hubo un tiempo en que se sugirió que fumaba «haschich» mezclado con él— pausadamente y asintió con su exquisita voz, sonora y suave a un tiempo, que provocaba erizamientos pecaminosos en las nuca femeninas:

—Sin duda es usted la más adecuada para calcular el exacto valor de su esposo, señora Hughes.

Ella hizo un dengue. Seguro que estaba pensando en la posibilidad de un nuevo matrimonio.

—Verá usted, inspector... No quise decir que Haycock no sea una excelente persona. Pero cien mil dólares es mucho dinero, ¿no le parece?

—Sin duda. ¿Lo tienen ustedes?

—Pues... Sí, claro que sí. Así, de golpe... Debería desprenderme de mis acciones de la Bulwercraft, precisamente ahora, que han subido dos enteros en Bolsa y mi agente asegura que llegarán a muy alta cotización...

—Sin duda. Los nigerianos están matando niños y mujeres muy aprisa, también hay buenas matanzas en el Vietnam.

Ella parpadeó, entre desconcertada y molesta.

—¿Insinúa usted, inspector, que me beneficio de esas horribles matanzas? Sepa usted que la semana pasada, sin ir más lejos, di veinticinco dólares al Fondo de Ayuda Pro Biafra y que soy miembro activo de la Liga Pro «Fuera Nuestros Hijos del Viet-Nam».

—¿Tiene usted algún hijo allí?

—Oh, no, no... Yo no he tenido hijos. Pero...

—¿Cuánto tiempo está casada señora Hughes?

—Con Haycock nueve años. Antes estuve casada otros cuatro. Me casé muy joven, aún no he cumplido los cuarenta...

Tenía cuarenta y cuatro cumplidos, pero no valía la pena hacérselo saber. Telford siguió fumando y de paso inspeccionando todo con su aguda, aterciopelada mirada —«¡como zarpas de tigre son sus ojos, te están acariciando y de repente izas!», definición exacta y rabiosa de Nellie Jo Mushkinnack, convicta de haber asesinado a su amante, a la otra amiga de su amante y a la hermana de la amiga de su amante al encontrárselos juntos en muy amistosa relación, cuando los periodistas la interpellaron acerca de cómo había sido atrapada por el inspector Telford— sin parecer tomar muy en cuenta las afirmaciones de la cada vez más incómoda señora Hughes.

—¿Qué tal es su vida conyugal?

—Pues... Podría decirse que normal...

—¿Hábitos especiales de su esposo? ¿Juega, apuesta, mantiene o ha mantenido alguna «liaison»?

—No, no, de ningún modo... Haycock es incluso demasiado tranquilo y metódico, en realidad crispantemente tranquilo y metódico. Y en cuanto a sostener una amiguita, yo lo habría sabido enseguida y... Nunca se atrevería.

—¿Por qué?

—Pues... por todo. Verá, inspector...

Habló por los codos. Telford escuchaba con una atención cortés, irritantemente ausente, como si aquello no le interesase un pepino. Pero era proverbial que Terry Telford poseía una memoria prodigiosa y al cabo de meses, incluso de años, podía recordar con toda nitidez un detalle, una palabra, un gesto... en el momento y ocasión que más podían servirle en sus investigaciones. Sólo que

aquella actitud suya, al irritar a sus ponentes servíale para que descuidaran su guardia. Persona irritada suele ser persona poco prevenida...

—Tendrá usted que vender esas acciones, señora Hughes —dijo cuando ya la mujer había comenzado a preguntarse si merecía la pena de seguir gastando saliva y sonrisas con aquel hombre tan desasosegante—. A no ser que pueda reunir esos cien mil dólares de otro modo.

—¿Tengo que hacer lo que me exigen? Pero...

—Escúcheme, se lo ruego. Su esposo ha sido evidentemente secuestrado por alguien que sabe pueden pagar ese rescate. Nuestra experiencia nos indica que en ocho de cada diez de los secuestrados, el o los secuestradores están al principio dispuestos a no complicar las cosas con un homicidio, pero que si les fallan sus cuentas, se ponen nerviosos y suelen matar. Depende todo del valor que usted conceda a la vida de su esposo.

Puestas así las cosas, le señora Hughes boqueó, hizo muecas y se mostró muy incómoda.

—Yo no quiero de ningún modo que lo maten...

—Pues entonces debe arriesgar esos cien mil dólares. No dije que vaya a perderlos. En tres de cada cuatro casos de secuestro conseguimos capturar a los secuestradores y en tres de cada cuatro capturas recuperamos el dinero pagado. Muy probablemente éste será uno de esos casos fáciles, créame.

Él sabía cómo convencer a una mujer madura que aún tenía ilusiones. Finalmente, la señora Hughes se mostró dispuesta a colaborar.

—Dijeron que llamarían esta tarde, pero no a qué hora...

—Permanezca aquí. Vamos a conectar su teléfono con un «chivato» y en cuanto el secuestrador la llame intentaremos localizarle. Usted dele largas, gane tiempo, no se niegue a nada...

Al abandonar la casa, el inspector subió a su automóvil y se alejó muy despacio por la calle hermosa y apenas concurrida. Abriendo una puertecilla junto al aparato de radio sacó un pequeño teléfono rojo y marcó, en el disco, dos letras y un número, otras dos letras y otro número. Luego habló:

—Soy Telford. ¿Han intervenido ya el teléfono de los Hughes...? Bien, que se mantengan constantemente a la escucha. Díganle a

Brent que venga a buscarme al Club. Él ya sabe...

El Club al que se refería Telford hallábase en el mismísimo centro de la ciudad, un barrio antaño elegante y tranquilo, ahora relleno de negros y absolutamente intranquilizante. Pero el automóvil del inspector Telford era muy conocido por los alrededores tanto como su alta y elegante figura...

El Club, en sí, era un lugar como para ponerle los pelos de punta a cualquier honorable ciudadano de esos que son considerados —tal vez porque se auto consideran— los puntales de cualquier sociedad occidental. Instalado en los dos primeros pisos y la planta baja de un antiguo edificio de oficinas y regido por un cura loco, según muchos que se tenían por cuerdos, con la ayuda de un puñado de tipos no menos locos, acogía a una fauna extraordinaria, en donde había de todo, como en las antiguas boticas; de todo menos «gentes respetables». Era uno de los lugares de asueto favoritos del escandalizante inspector Telford.

El subinspector Brent pertenecía al sector de los agentes federales que había terminado por rendirse a la evidencia de la superioridad absoluta de Telford sobre casi todos sus colegas y al mucho más reducido de aquellos que le consideraban un verdadero genio de la investigación, sintiéndose felices —aunque a menudo lo maldijeran con gran vehemencia— de trabajar a sus órdenes. Alto, delgado pero fuerte, de cara simpática, casi feo, y siempre mal peinado, tampoco «daba» el tipo clásico del policía yanqui. Entró con desenvoltura en aquel grande y destartalado salón donde abundaba todo, los ruidos, las voces, la música... y se paró a buscar a su jefe, hallándolo en compañía de una muchacha negra esbelta y guapa, muy bien formada, que no parecía, ni mucho menos, inmune a las muchas seducciones del inspector y que sonrió a Brent al verle llegar.

—Hola, jefe. Hola, Kay. Estás guapa.

—Y tú eres un buen mozo. ¿Cuándo me llevas a dar una vuelta? Con permiso del jefe, claro.

—Lo tenéis ambos en cuanto él disponga de dos horas. Ahora déjanos y tráenos dos cervezas bien frías, así como el ajedrez. Siéntate, Dan.

Brent así lo hizo y sacó tabaco. La negra movíase con sensual contoneo de caderas, llegó al mostrador del largo bar que cubría

uno de los lados de la pieza y pidió las cervezas a otra muchacha, así como el tablero de ajedrez y las piezas del juego, con los, que retornó, a la mesa, dejándolas con una sonrisa provocativa.

—¿A quién toca destripar hoy?

—A un secuestrador —le contestó Telford plácidamente—. Trae las cervezas.

—No me agradan los secuestradores. ¿Algún niño? —Depende de lo que tomes por niño. Cuarenta y siete.

—¡Hum! Algunos son bastante críos a esa edad... Voy a por las cervezas.

—Es una gran muchacha —comentó Brent mirándola alejarse. Telford asintió exhalando el humo despacio, con su característica placidez de epicúreo:

—Más de lo que imaginas. Y desde luego muchísimo mejor que la inmensa mayoría de las señoras Hughs... Tú eliges.

—Blancas. Sé que le agradan las negras.

—Mucho. Para lo que yo necesito a las mujeres, son superiores en casi todos los sentidos. Tú sales.

La negra regresó con las cervezas, le guiñó un ojo a Telford y les dejó solos, yendo a reunirse con unos jóvenes de color y blancos que estaban bailando en grupo algo más allá. Otros jugaban distintos juegos no de azar y por dinero, otros bebían o tomaban café... En aquel «antro» —como era denominado por muchos— cientos de jóvenes pertenecientes a esas capas sociales que no habitan en los hermosos barrios de hermosas casas ajardinadas que salen en las películas y la televisión, hallaban solaz, esparcimiento, diversión, a poco coste y sin meterse en problemas y complicaciones. Las drogas estaban totalmente proscritas y no se había dado un solo caso, en el último año, de que uno de los habituales del Club fuera arrestado por drogarse o venderlas. Borrachos no había, eran expulsados a la segunda reincidencia. En cuanto al amor, cada cual era muy libre de hacerlo como le viniera en gana. El Club era, de hecho, un oasis de paz y honestidad dentro de una caldera bullente de vicios y delitos, violencias raciales y otros juegos por el estilo hoy día habituales en la adelantadísima sociedad norteamericana. Tocante a Telford, era asiduo visitante, contaba allí con muchos amigos y con no pocos informadores, la mayoría gratuitos. Él se sentía a gusto entre aquella juventud

mezclada.

—Yo mismo soy un mestizo de por lo menos cinco razas muy diferentes —solía comentar, con placidez— de ahí que sienta una amplísima simpatía hacia todo género de convivencia interracial.

Ahora se comió un peón de Brent y dejó en mala posición a su alfil de dama.

—Una mujer perfectamente detestable la muy pulcra, egoísta, repeinada y torpemente erótica señora Hughes —dijo. Brent conocía a su jefe, así como sus opiniones sobre las mujeres en general y las norteamericanas en particular. Sonrió y replegó su alfil.

—Supongo que habrá tratado de impresionarlo con una exhibición de cálidas, sonrisas...

—Mucho peor que eso. Es el perfecto ejemplar de la mujer norteamericana de clase media, edad, mediana, inteligencia menos que mediana, y astucia muy superior a la media. Aportó al matrimonio ciento cuarenta mil dólares hace nueve años, de ellos setenta y cinco mil arrancados mediante sentencia de divorcio a su anterior marido. Su segundo esclavo se ha pasado todos estos años haciendo crecer ese dinero y ahora parece ser que ella tiene algo más del cuarto de millón en bienes de su exclusiva propiedad, ya sabes lo que es eso. Pero entregar cien mil dólares de rescate por su cónyuge le resulta algo así como una extracción múltiple de muelas sin anestesia.

—Hay muchas así.

—Exactamente. Y por eso tenemos tantas desapariciones voluntarias de maridos. Pero en este caso al bueno de Hughes parecen haberlo raptado...

—¿Cree usted que sea otra jugada del «Grupo H»?

—«Home, Hell, Halter, Hanged for a Harpy. Hate, Headache Hoax, Hoggish, Hoots, Hopeless, Horned Hostility. Humburg, Humdrum, Husband... ¡Flee!». Podría ser, reviste todas las características del caso. Debiste resguardar mejor ese alfil.

—Tenemos bajo vigilancia la casa y el teléfono de los Hughes, por el momento no se pudo hacer más.

—Esperaremos a que ellos llamen a la dama. Sin embargo como sean esos muchachos creo que de nada nos va a servir son astutos y muy hábiles.

—Y usted les tiene simpatía.

—Considero que en cierto modo realizan una labor filantrópica, pero eso no entorpece para que procure capturarles como estoy capturando a tu caballo de rey, Jaque...

Capítulo III

NO hubo llamada telefónica. Simplemente esto llegó con la correspondencia habitual.

El inspector Telford tomó la hoja de papel y leyó las pocas líneas mecanografiadas.

«Si está de acuerdo con nuestra demanda, aparezca a las seis en punto de la tarde en los almacenes Robber, de la calle Martson. Si no viene, sabremos cuáles son sus deseos y podrá encargarse el velo de viuda».

Una de sus suaves sonrisas entreabrió la boca del inspector.

—Lo dije, son unos artistas. Llénenlo a Huellas, pero no encontrarán nada.

Brent y otro agente federal, Clifton Reed, universitario, guapote, inteligente y sumamente eficaz, estaban ante él esperando órdenes. Ambos formaban parte de su pequeño y muy bien escogido equipo. Reed comentó:

—Entonces se trata del «Grupo H» definitivamente... —Sin lugar a dudas. Sólo ellos saben poner ese toque de espiritualidad e ironía en su trabajo. Es un verdadero placer... Que los peritos examinen la escritura, pero será perder el tiempo. En el mejor de los casos descubriremos que fue escrita con una máquina perteneciente a un centro de enseñanza para taquimecanógrafas por alguien que se introdujo allí fuera de las horas de trabajo. Vámonos a visitar a la muy poco preocupada señora Hughes.

La señora Hughes debía estar esperándoles, puesto que se había emperifollado algo más de la cuenta.

—Encontré esa odiosa carta entre la correspondencia habitual y en cuanto la leí me apresuré a avisarles...

Telford cortó sus dengues y su verborrea con una de sus preguntas suaves e incisivas:

—La cuestión es señora Hughes, ¿piensa usted pagar el rescate que piden por su marido?

Ella, como todas las mujeres, no gustaba de ser presionada en asuntos de máxima importancia.

—Pues... No sé qué hacer... Si me garantizan que lo recuperaré...

—¿A su marido o a su dinero?

—Pues... a los dos, naturalmente, qué pregunta...

—No somos taumaturgos, ni siquiera adivinos, señora Hughes. Sólo somos unos hombres tan falibles como cualesquiera otros y que hacen cuanto pueden, a veces más de lo que pueden, para impedir que los delincuentes se salgan con la suya, y si ya se salieron, echarles mano y conseguir las pruebas de sus fechorías que un juez y un jurado acepten como válidas para condenarles. En este caso concreto podemos hacer una de dos cosas, perseguir a los raptos de su esposo en cuanto usted haya pagado el rescate y él haya sido libertado, procurando cazarlos y devolverle su dinero, o esperamos a que lo maten y su cadáver aparezca para entonces perseguir a sus asesinos y procurar cazarlos.

El inspector Telford tenía entre sus muchas peculiaridades de acorralar a aquellos de sus interlocutores que no le agradaban con su suave, fluida y educada verborrea dándoles la ingrata sensación de estar siendo poco más que el contenido de uno de esos cubos grandes que en toda ciudad moderna y bien organizada pueden verse apiñados al borde de las aceras a primeras horas de cualquier mañana. La señora Hughes estaba sintiéndose ya así.

—Bueno, pero... pero también podrán dedicarse desde ahora mismo a perseguir a esos criminales y procurar salvar a mi marido...

—Ya lo estamos haciendo, créanos. Pero para poder actuar con mayor seguridad convendrá que desde ahora mismo usted nos aclare sus propósitos.

La señora Hughes acabó prometiendo vender a la mañana siguiente sus acciones de la Bulwercraft y, naturalmente, personarse a las seis de aquella misma tarde en los almacenes Robber.

—La pobre está realmente enferma —comentó Brent cuando

abandonaron la casa—. Y es que usted la acorraló de veras.

—Me disgustan especialmente las personas para quienes su dinero tiene mayor importancia que una vida humana. Y cuando se trata de mujeres que ponen en la balanza la vida del esclavo que durante años estuvo consiguiéndoles ese mismo dinero que ahora se resisten a soltar, lo que se me provoca es una especial acidez del estómago.

—Pero sabemos que el «Grupo H» nunca mató a nadie...

—Lo sabemos nosotros, pero no ella. Y no he hallado aún ningún motivo para hacérselo saber, señores. Creo que podemos permitirnos el descaro de violar los reglamentos tomándonos una cerveza fría.

El inspector-jefe Telford era famoso también por su descaro en violar un buen montón de los reglamentos.

—No conozco a ningún granuja o delincuente que se atenga a códigos cosas así, pero sí a muchos que dedicaron buena parte de sus vidas a redactarlos y ponerlos en circulación. Nuestra tarea consiste en atrapar a quienes vulneran las leyes en uso y entregárselos a los jueces y jurados para que, con un poco de suerte, vayan a presidio, si no pueden pagarse uno de esos abogados tramposos, hábiles y completamente despreocupados de las leyes básicas que deben regir la convivencia humana si se quiere que la humana sociedad sea algo mejor que una jungla salvaje, pero muy empapados de todas las triquiñuelas legales, que hagan ver lo blanco negro y terminen convenciendo a una docena de honorabilísimos asnos de que su defendido es un ángel de bondad injertado de mártir y víctima del odio protervo de sanguinarios y brutales policías...

Sus subordinados sabían que cuando el inspector-jefe Telford peroraba más gárrulamente y con su más pedante dicción de Oxford era cuando su cerebro trabajaba a un ritmo más endemoniado. También sabían que detestaba seguir pautas, normas y caminos trillados.

—Personalmente les he escogido porque el «test» especial a que cada uno de ustedes ha sido sometido me aseguró un alto coeficiente de inteligencia y sensatez. Ni yo ni ninguno de mis directamente subordinados hemos de semejarnos a esos infectos policías de los seriales de televisión que todo lo arreglan tirando de

pistola. No diré que si llega a hacerse necesario, absolutamente necesario, el matar a un individuo, hombre o mujer, vayan a sentir escrúpulos de conciencia. Cuando la cosa se ponga realmente fea disparen a matar, disparen como lo harían sobre una fiera salvaje que les atacara en plena selva y regocíjense en su corazón después de darle muerte, con la certeza de haber realizado una buena y pía obra de caridad humana. Pero de ahí a disparar sin más ni más sobre el primer granuja que salga corriendo al darle el alto, o se ponga nervioso y comience a darle gusto al dedo, va un abismo. No cobramos nuestra paga para convertirnos en verdugos brutales de todo el que por la causa que sea se ha colocado fuera de la Ley, sino para probarles a todos ellos, y a los que oficialmente están dentro de la Ley también, que el delito suele ser mal negocio y que nosotros somos mejores no sólo porque nos dieron una placa y una licencia para matar inmediatamente, sino porque nos empuja y sostiene una fuerza moral incontestable que nos hace sentirnos más limpios, más dignos de nuestra condición de seres racionales y civilizados, poseídos de una especie de mística de la dignidad humana...

Lo grandioso era que no sólo había convencido a sus subordinados, sino que en numerosas ocasiones su oratoria había obtenido resultados realmente increíbles en empedernidos delincuentes, incluso con homicidas. Nadie o casi nadie podía entenderlo, pero era la pura verdad.

—Y sobre todo no lo olviden. Usamos el cerebro, no los puños, no somos matones de taberna. Cualquier pillo analfabeto puede tener buenos músculos y ganar peleas, pero la inmensa mayoría de los pillos no tienen cerebro, o no saben, usarlo debidamente, por eso vulneran las leyes. Algunos sí lo tienen y saben utilizarlo, éstos son los que dan calidad e interés a esta tarea nuestra.

A aquel último y selecto tipo de granujas, pillos o delincuentes, que placían al inspector-jefe Telford pertenecían los componentes del «Grupo H».

Sí, estos delincuentes empleaban el cerebro.

Por tanto les dijo a sus subordinados:

—No abrigo la menor esperanza de localizar al tipo que estará en los almacenes comprobando si llega o no la señora Hughes, pero por si acaso hay que disponer toda la rutina. Ellos saben a estas

horas que la policía toma cartas en el asunto y deben haberlo planeado todo con tal base. Mi esperanza consiste en que aún ignoren que he sido encargado del caso.

La modestia tampoco contaba entre los vicios del inspector Telford.

A las seis menos cuarto, la señora Hughes, muy nerviosa y disgustada, tal como convenía a una mujer en su situación, abandonó su domicilio y se encaminó a los almacenes Robber. Durante el trayecto, y luego durante los diez minutos largos que se hizo notoria dando vueltas sin adquirir —ni apenas mirar— nada de cuanto allí se vendía, estuvo preguntándose por donde andarían los policías y si lograrían capturar a los secuestradores del maldito imbécil de su marido antes de que ella debiera desprenderse de sus amadísimas acciones. Pero no vio ni oyó nada que le permitiera abrigar tal esperanza, y así, un tanto defraudada ya que ni tan siquiera estaba recibiendo excitación a cambio de su dinero, retornó.

Apenas hubo abierto la puerta encontró el sobre blanco, largo, absolutamente impersonal. Estaba en tierra y había sido echado precisamente por debajo de la puerta.

—Siguen siendo brillantes —comentó Telford al enterarse—. Esperaron a que se marchara, calcularon que ninguno de nosotros iba a permanecer junto a su domicilio y enviaron la nota tranquilamente.

—Sabemos que lo hizo un repartidor. Al menos dos de las vecinas le vieron.

—¿Qué haríamos nosotros si no hubiera vecinas? Localicen ese repartidor, volveré a visitar a la desagradable señora Hughes.

Ella estaba ahora nerviosísima. Y con razón.

—Debieron quedarse aquí y detenerlo cuando llegó a echarme esta carta por debajo de la puerta...

—Si nos hubiéramos quedado se la habrían mandado por correo. Debe comprender que se trata de gente inteligente, señora.

«Mañana, a las ocho y media de la tarde, con el dinero. Coja su automóvil, sola y encamínesse a la carretera estatal número 30, siguiendo exactamente la ruta marcada en el croquis adjunto. Una vez llegue al cruce de Wilson's Mili suba por el camino hasta las

ruinas del molino. Deje el dinero debajo de la piedra grande que hay a seis pasos a la derecha de la entrada del puentecillo y vuélvase inmediatamente a casa. Todo el tiempo estará vigilada y cualquier cambio que notemos acarreará la muerte de su marido, ya sabemos que avisó a la policía».

El croquis era una obra maestra de dibujo.

—Trabaja de entendido. Muy minucioso. Saben que no podemos cubrir las veintidós millas que hay desde la casa de los Hughes hasta

Wilson's

Mili y que, por tanto, nos será del todo imposible localizar al o los vigilantes del paso de la señora Hughes.

—Son sagaces.

—Sin duda...

—¿Por qué pedirán que vaya allí de noche?

—Tan sencillo como eficaz. Conozco aquella zona, es un bonito rincón campestre, bastante aislado y arbolado. De día íbamos a cercarlo con facilidad, usando patrulleros y helicópteros, no lograrían escabullirse. De noche será mucho menos fácil.

—Si saben que estamos al tanto de lo que sucede, no se acercarán a por él dinero.

—Estarán allí. Pero no para ir tontamente a levantar esa piedra, sino para comprobar las medidas de seguridad que tomamos. Les bastará con un par de buenos visores dotados de sendos aparatos de rayos infrarrojos. Desde luego habrán tomado en cuenta que también nosotros los podemos usar y tomarán sus medidas para pasar desapercibidos, cualquier veterano del

Viet-Nam

conoce esa táctica de «camuflaje», ni siquiera necesitan moverse. Cuando comprueben que todo resulta tal y como pensaron, se alejarán tranquilamente de la zona y nada podremos hacer. De todos modos, pondremos patrullas a recorrer las carreteras circundantes y serán interrogados todos cuantos asomen las narices por allí.

El departamento técnico dio unos informes realmente decepcionantes.

—Ninguna huella, aparte las de la señora Hughes, naturalmente. En el sobre hay unas muy marcadas que corresponden al repartidor y otras, más borrosas, que son del empleado de la agencia de repartos. Los tipos de la máquina coinciden con los de la utilizada para escribir el mensaje anterior. El papel es de lo más vulgar, se puede adquirir en cualquier almacén de la ciudad y en docenas y docenas de papelerías. El croquis ha sido dibujado por un experto, probablemente un profesional. Tampoco hay ninguna huella...

Se había localizado muy pronto al chico de repartos que llevó el sobre a la casa de la señora Hughes. El muchacho estaba bastante excitado pero no pudo facilitar ningún dato, a él le dieron aquel encargo junto con varios otros. La empleada que lo recibió era fea, miope y debía tener un hambre lobuna de tipos tales como el agente Red.

—No lo recuerdo muy bien... Era un tipo corriente, sin nada especial, como hay tantos... Creo que era rubio, sí... No, pensándolo mejor tenía el cabello castaño. Llevaba lentes de sol, eso sí lo recuerdo...

En resumidas cuentas, había abonado cinco dólares para que aquel sobre fuese llevado a la dirección de los Hughes y al nombre de soltera de la señora Hughes, advirtiéndole que, si no acudían a la llamada, deberían echarlo por debajo de la puerta.

—Lo sabía. Un tipo vulgar, que desde luego va disfrazado, hace un encargo vulgar y no llama la atención. Hasta ahora todo va sobre ruedas. Me voy a hacer un par de asaltos de esgrima, luego comeré un bocado en el «buffet» de la Sociedad de Estudios Antiguo Orientales Y escucharé la conferencia del profesor Parr acerca de los últimos descubrimientos arqueológicos en Tell Ashmar. Después me pasaré por casa de Winkler y estaré allí aproximadamente media hora, me trasladaré al restaurante de Makaroulos sobre las nueve, estaré allí hasta las diez y cuarto y a partir de las diez y media estaré en Mellon Street. Que no se me moleste si no se trata de algo realmente interesante.

Sus subordinados sabían que en determinado edificio de Mellon Street, en una de sus plantas solían reunirse un pequeño grupo de especialistas en Demonología y Magia Negra para intercambiarse datos de sus investigaciones y experimentos en tan interesantes materias. A ninguno se le ocurrió jamás solicitar de su jefe que le

permitiera acompañarlo para ver qué se hacía allí.

—Es evidente que Dios hizo el Universo y tan evidente que el Demonio domina a la Humanidad. Hubo un tiempo en que en nuestro mundo occidental, la mesocracia imperante decidió desterrar burocráticamente al Demonio de este planeta y considerarlo oficialmente como una divertida y ridícula creación de pueblos y mentes atrasados. La inmensa carcajada de Satanás está azotándonos desde entonces y barriendo a sus estúpidos enemiguillos de tal modo que el mundo es como nunca su dominio y la mesocracia pasto de sus colmillos insaciables. Cuanto más en serio le tomemos, mejor nos irá...

Había llegado a inculcarles su creencia.

—De tanto mentarla ha llegado a hacerse tópico nauseabundo la archisabida frase de Hamlet; pero es una inmensa verdad que el Cielo y la Tierra guardan infinitas cosas inaccesibles a nuestra modestísima sabiduría. ¿De dónde creéis que sale el Mal, con mayúsculas? ¿De los fallos de nuestra sociedad, de una alteración de cromosomas? Entonces sois tan torpes y mezquinos, tan ridículamente ignorantes como todos esos sabihondos oficiales que tratan de imitar a Santo Tomás en la menos entendida de todas las frases evangélicas. El Mal es inmenso y profundo como el Caos primigenio, casi todopoderoso e invencible. Pero es necesario combatirlo, aún a sabiendas de luchar por una causa que no puede vencer, a la larga. Algo así como estamos haciendo en el Viet-Nam...

Capítulo IV

A la mañana siguiente, la disgustadísima y nerviosísima señora Hughes ordenó a su agente de bolsa vender de inmediato sus acciones de la Bulwercraft y traerle el dinero resultante. Además, extrajo de su banco una suma que completaba la de los cien mil dólares exigidos por los secuestradores. Hasta aquel momento, los chicos de la prensa no habían logrado olfatear lo que sucedía. De hecho, para ellos el inspector-jefe Telford era una especie de «coco» terrible y fascinante, al que detestaban tanto como admiraban. Nunca sabían que llevaba entre manos, lo acosaban cuánto les era posible pero se guardaban mucho en buscarle demasiado las cosquillas, no fuera a ocurrirles lo que a su colega Harper Hanston.

Harper Hanston tenía una brillante carrera. Un tipo audaz, arrogante e incisivo, en la mejor línea del periodismo clásico norteamericano. Hasta qué tuvo la malhadada idea de meterse con Telford y buscarle las cosquillas. Un caso de verdadera desgracia, los dos hombres habíanse encontrado mutuamente desagradables desde el primer encuentro. El asunto duró exactamente siete meses. Luego, la policía detuvo a Hanston. Los cargos eran múltiples e iban desde facilitar información a criminales que podía ayudarles a eludir la acción de la justicia hasta conspiración contra la seguridad del país, pasando por adulterio con la esposa de uno de los directivos del importante periódico para el que trabajaba desde hacía años. Fue un bonito escándalo, pero no hubo nada a hacer. Hanston se debatió como mosca atrapada en tela de araña, gritó, amenazó, recurrió a sus muchísimos amigos... y todo fue inútil. Ante las pruebas acumuladas contra él y que fueron golpeándole como mazazos, el importante directivo, tras solicitar el divorcio, se encargó de que jamás ningún otro gran periódico del país

contratara sus servicios, los influyentes amigos le dieron la espalda como si apestara, los Servicios Secretos le apretaron los tornillos... Primero fueron cinco años por espionaje. Cuando cumplió los dos tercios de la pena, nuevo juicio y tres años por ayuda a notorios delincuentes y obstruir la acción de la Justicia... No llegó a cumplirlos se volvió loco y se abrió las venas con una cuchilla de afeitar.

Naturalmente, no todos los periodistas tenían el tejado tan de vidrio como Harper Hanston, ni siquiera en los Estados Unidos. Pero:

—Todo hombre o mujer en este cochino basurero que es nuestra sociedad occidental ha hecho algo en alguna ocasión que pesa sobre su conciencia, si la tiene, o puede llevarle a la cárcel, convirtiéndolo en un ser marcado. Todos tenemos trapos sucios en mayor o menor cantidad, los cuales procuramos ocultar a los demás. Eso es algo que descubrieron en la Gestapo y la Cheka, al mismo tiempo, todos sabemos cuan eficazmente lo utilizaron. No soy partidario de los métodos policiales de ese tipo, pero cuando me veo atacado, me defiendo, en uso de mi derecho constitucional a la legítima defensa, es algo que deben ustedes aprender. La vida humana es sagrada, o casi, o debería serlo; pero no es en modo alguno necesario pegar dos tiros a un enemigo para quitárselo de delante. Ése es un bárbaro sistema...

Durante todo aquel día, mientras la señora Hughes se desesperaba pensando en su dinero que iba a volar y sus subordinados se movían por la ciudad siguiendo sus directrices e instrucciones, el inspector-jefe Telford realizó su vida habitual.

—La araña no corre detrás de las moscas, teje su tela tranquilamente y luego espera.

Quien creyese, por tales palabras, que el inspector-jefe Telford era una especie de Sherlock Holmes estaba equivocado. Su dinámica, simplemente, iba adelantada al tiempo oficial y en la metódica anarquía de sus movimientos ocultábase una sabiduría milenaria.

—Qué las máquinas hagan el trabajo de las máquinas y los esclavos el de los esclavos...

Él dormía exactamente entre tres y cinco horas diarias, un sueño profundo y total que lo dejaba despejado para las veinte siguientes.

Con su calmosa forma de moverse, hablar, actuar, semejaba poseer el don de la ubicuidad. A menudo surgía en el lugar más oportuno en el momento justo, para asombro y desaliento de gentuza que lo suponía muy lejos de allí e incluso de saber lo que se estaba tramando. Manejaba hilos oscuros e invisibles, tenía conexiones ignoradas por todos, llegábanle avisos desde los puntos y en las maneras más increíbles... Como afirmábase en el hampa, era una especie de brujo metido a policía. Y a los brujos siempre se les ha tenido un oscuro terror. Sobre todo los granujas de origen mediterráneo se lo tenían cervical.

—Tiene pacto con el Diablo y habla con los muertos —había asegurado temblando todavía nada menos que Angelo Spazzano, uno de los asesinos más despiadados del hampa neoyorkina, cuando lo esposaron los federales—. Sé que me van a achicharrar, pero lo prefiero...

Sí, era una verdadera leyenda la del inspector-jefe Telford. A él le gustaba, desde luego. Más aún, hacia lo que podía por aumentarla.

—La telepatía, la hipnosis, la parapsicología, la bioelectrónica, la metempsicosis y todos los fenómenos del mismo género, están demasiado alejados de la capacidad asimilativa de las mentes vulgares, de ahí que les asusten y repugnen. Es un terror oscuro del espíritu a todo aquello que la mente no puede comprender. Y quienes poseemos, o se nos suponen, tales poderes misteriosos, gozamos del asustado respeto de las gentes. Ha sido así el principio de los tiempos, a mí me sirve mucho para atrapar pillos y delincuentes sin necesidad de andar con ellos a tiros y porrazos.

Su «sistema» le había valido infinitas admoniciones, incluso provocó alguna interpelación en la Cámara de Representantes. Pero como quiera que oficialmente aún son tales conocimientos considerados como heréticos por la ciencia, al menos en parte, la cosa no había ido demasiado lejos. Como dijo cierto senador:

—Si con todo eso consigue atrapar pandilleros y hacer que paguen por sus crímenes no veo la razón para reprochárselo. Ojalá hubiera muchos como él en nuestra policía, porque falta nos hacen.

Naturalmente, el inspector Telford no desdeñaba los métodos tradicionales de investigación, ni tampoco la ayuda de las máquinas.

—Un general necesita soldados, tanques y cañones para librar una batalla, no se le ocurriría ir a librarla él solo. Pero tampoco se le ocurrirá dejar que los soldados, los tanques y los cañones vayan cada cual por donde les parezca de acuerdo con su leal saber y entender. Él está para eso.

Y él, ahora, dedicó enteramente su jornada a una serie de actividades en apariencia tan ligadas al caso Hughes como puedan estarlo la alta investigación especial y la disputa entre la mini y la maxifalda.

Hasta las ocho y media de la tarde.

A esa hora, alrededor de

Wilson's

Mili una docena de patrulleros policiales y coches sin distintivos de ninguna clase, ocupados por agentes federales y agentes de la policía local, esperaban acontecimientos. Varios federales, equipados con visores de luz infrarroja, registraban el difícil y boscoso terreno alrededor de las románticas ruinas del molino usando métodos aprendidos por los «boys» del Tío Sam en las selvas vietnamitas. Otros agentes y policías estaban apostados a lo largo de las veintidós millas del trayecto entre las ruinas y la casa de la señora Hughes. La Ley cumplía con su deber...

La señora Hughes lo sabía porque así se lo manifestaron para calmar sus miedos. De hecho, no las tenía todas consigo al emprender tal aventura. Era la primera vez en su ya larga existencia que veíase metida en tal tipo de berenjenales, y naturalmente, eso le ponía los nervios de punta, sin contar el hecho de que iba a decirles adiós. Dios sabía hasta cuando, a cien mil dólares que le estaban arrancando de las entretelas de su corazón. A su marido lo recordaba a ratos con una mezcla de rencor, compasión y desprecio. Mira que dejarse secuestrar, el muy idiota... Ya se las pagaría cuando lo soltaran...

Salió de su casa, apretando con nerviosa fuerza el gran bolso repleto de billetes de banco de distintas denominaciones que horas antes reuniera gracias a la colaboración de la policía, subió a su coche, puso el bolso a un lado en el asiento delantero, puso el vehículo en marcha y se encaminó al lugar de la siniestra cita con los secuestradores.

Durante dos tercios del viaje todo transcurrió sin novedad. Y los

agentes estacionados estratégicamente a lo largo de la ruta informaron a Telford tal hecho.

Luego comenzaron a suceder cosas.

Iba la muy nerviosa señora Hughes pensando en su problema personal por la bien iluminada carretera cuando, en un punto bastante solitario —no se distinguían edificaciones cerca— vio surgir de improviso ante ella a un policía de carreteras, de esos que usan potentes motocicletas que son cual modernos caballos de justa, el cual le ordenó detenerse. La dama obedeció maquinalmente, con esa docilidad que se usa con los policías por parte de los conductores norteamericanos de tipo medio, y arrimó su coche fuera de la calzada propiamente dicha. El policía se le acercó y la saludó ligeramente.

—No lleva encendidos debidamente los faros de situación, señora. A ver, deme su licencia.

La señora Hughes estaba segura de llevarlos bien encendidos. Protestó, nerviosa:

—Oiga, agente, los llevo bien. Y tengo prisa, mi marido ha sido secuestrado y voy a pagar su rescate, los agentes fe...

Se calló en seco y se le cortó el resuello, la circulación sanguínea, los pensamientos... todo. Porque el policía estaba apuntándola a la cabeza con su arma de reglamento.

—Cierre la boca, vieja. Y sea sensata o le vuelo los sesos.

El tono era de lo más expresivo, sobre todo reforzado por el arma. La señora Hughes tragó saliva penosamente, boqueó, rodó los ojos, buscando angustiada ayuda...

Pero los automovilistas pasaban raudos, veloces e indiferentes por la bien concurrida carretera y no se divisaba a ningún otro agente de la Ley...

El falso policía abrió la portezuela y se introdujo en el coche.

—Hay un camino doscientas yardas más adelante. Métase por él.

La señora Hughes obedeció. Como buena súbdita norteamericana sentía un terror pánico a la vista de un arma apuntada a su cabeza y de repente le habían acudido a las mientes todos los relatos contemplados en la televisión, lo leído en la prensa, lo visto en las películas... Como toda mujer de edad mediana sentía una gran ansia de seguir viviendo, además. De modo que, dando diente con diente y sudando frío, obedeció al

falso policía.

—Nada le pasará si colabora. Pero debió pensarlo antes de avisar a la policía, eso le va a costar caro.

—¿Usted... es el secuestrador?

—Uno de ellos. ¿Trae ahí el dinero?

—Sí... sí... Hice como dijeron, billetes sin marcar...

—Entre por ahí.

El camino era poco frecuentado. A poco más de cien yardas de la carretera se encajonaba entre árboles y hacia una curva.

—Pare.

Ella obedeció. Y acababa de hacerlo cuando el secuestrador sacó la mano derecha de su bolsillo. Llevaba en ella un pañuelo.

Los ojos de la señora Hughes se dilataron.

—¿Qué... qué va a hacerme...?

—Elija. Respirará fuerte y se quedará dormida o le meteré una bala en los sesos.

No había elección. La señora Hughes se encomendó a Dios, dio por definitivamente perdido su dinero, maldijo por enésima vez a su marido, aspiró el fuerte olor del anestésico y se desvaneció.

Entonces alguien salió de la sombra al borde del camino. Una mujer, un «doble» de la señora Hughes en apariencia al menos. Mientras el falso policía se ocupaba en sacar a la verdadera del automóvil, su cómplice entró y tomó el volante. El echó mano al bolso, lo abrió, comprobó que estaba lleno de dinero y cambió con ella una sonrisa satisfecha.

—Adelante, ten cuidado.

—No te preocupes. Hasta luego.

El coche retrocedió hacia la carretera, entró en ella y luego aceleró, alejándose hacia el Noroeste. Mientras, el falso policía arrastró a la mujer desvanecida hasta el terraplén que bordeaba el camino, la echó al otro lado, recogió el bolso y corrió ágilmente durante un cuarto de milla por el solitario y oscuro camino, hasta llegar a un punto donde se encontraba detenido, con todas sus luces apagadas, otro automóvil. Abriendo la portezuela encendió la luz interior, procediendo a despojarse velozmente de todas las comprometedoras prendas de uniforme, las cuales metió en el maletero, cerrándolo. Tras ellos se puso un traje de calle absolutamente normal, se quitó el bigote postizo y un pegote que le

deformaba la nariz, puso en marcha el vehículo, encendió los faros y se alejó hacia el Norte.

Para entonces ya, un hombre joven, con uno de esos atuendos que han popularizado el cine y la televisión, había llegado junto a la motocicleta «policia» quitándole tranquilamente las placas falsas, que metió en la bolsa del asiento. Tras ello, sacó la motocicleta a la carretera y se alejó hacia el Noroeste a buena velocidad.

El automóvil de la señora Hughes pasó por delante del siguiente control policiaco tan sólo con cuarenta segundos de retraso sobre el horario previsto. El agente federal comprobó todo y avisó a Telford:

—Pasa con cuarenta segundos de retraso...

Otros dos agentes aún vieron pasar al automóvil, lo identificaron y comunicaron su paso. Pero el siguiente se quedó esperándola.

Exactamente se encontraba en el punto donde partía de la carretera principal la otra que llevaba a las cercanías de Wilson's

Mili. Pero quinientas yardas antes de aquel punto, la falsa señora Hughes había metido al coche por otro de los caminos que desembocaban en la carretera, alejándose cosa de media milla, torciendo en otra bifurcación y, yendo a salir de nuevo a la carretera general unas dos millas y media más allá de la bifurcación de

Wilson's

Mili. Un poco más adelante detuvo al vehículo detrás de otro que estaba estacionado a un lado de la carretera, salió, se encaminó a aquel otro vehículo y entró en el mismo, sentándose al lado de su conductor.

—¿Todo bien?

—Perfecto. Vámonos.

Mientras aquel hombre ponía aquel coche en marcha y se alejaban cobrando rápidamente velocidad, la mujer se despojó de la peluca y los postizos que la habían hecho semejar a la señora Hughes, tirándolos al asiento posterior.

Era una espléndida belleza de grandes y expresivos ojos verdes, cabellos cobrizos y boca grande, tentadora. No tendría aún treinta años.

—Espero que Terry no acepte esta nueva derrota —dijo mientras sacaba un cigarrillo del paquete que había tomado del salpicadero.

Sus manos, antes enguantadas, ahora lucían toda su belleza, largas, finas, exquisitas. Y parecía estar muy satisfecha de lo que acababa de realizar.

Capítulo V

PARA entonces ya estaba en danza todo el tinglado policial.

Telford había recibido el alarmante informe con su flema característica.

—Que todos los coches abandonen el área de Wilson's

Mili y se concentren en esa otra zona. Registren inmediatamente ambos lados de la carretera general desde Haynestooll hasta más arriba de la bifurcación.

Encontraron antes al automóvil que a su propietaria. Y cuando dieron con la señora Hugues aún se hallaba bajo los efectos del anestésico. En cuanto al dinero y los secuestradores, habían volado.

—No esperaba menos de su audacia, ingenio y sentido artístico del delito. Son verdaderos maestros y actúan como tales.

—Oyéndole, una pensaría que está con ellos, que les aplaude.

—Aplaudo su maestría, su «*fair play*», su ingeniosidad. Se han reído de nosotros abiertamente, se han llevado el dinero de la señora Hughes y han desaparecido sin dejar rastros, porque le apuesto cinco dólares contra un jarro de cerveza negra a que no hallamos nada que nos sirva. Por lo demás, yo ya contaba con algo así, sólo que no podía calcular con exactitud el punto y la forma como iban a actuar.

—¿Quiere decir que no le ha cogido de sorpresa?

—Nunca me coge nada por sorpresa y ésa es mi ventaja sobre otros. Cada vez que tomo un caso a mi cargo planeo mi estrategia en función a la mentalidad presunta del contrario, algo así como en una partida de ajedrez o una batalla. Sabía que no iban a estar en Wilson's

Mili, pero les dejé pensar que admitía la posibilidad de que sí

estuvieran. Y no olvide que nadie es tan vulnerable como cuando se imagina superior a su contrincante.

Aquello parecía palabrería pura. Pero no lo era.

La señora Hughes había sido conducida al hospital y allí atendida para que eliminara los efectos del narcótico. Cuando la vio Telford presentaba un aspecto del todo desconsolador.

—¡Iba a asesinarme, tuve que obedecerle...!

Gimoteó una nerviosa explicación de los hechos que el inspector escuchó con toda calma y terminó expresando sus vehementes dudas acerca de que la policía pudiera devolverle su dinero alguna vez. No mencionó para nada a su marido, daba la impresión de que lo consideraba ya libertado y camino del hogar, no produciéndole tal posibilidad ninguna alegría.

—Si es como imagino, no volverá a ver nunca más a su marido —pronosticó Telford cuando él y el Comisionado Federal para la ciudad aquélla abandonaban el hospital.

—¿Quiere decir que los secuestradores lo matarán?

—Quiero decir que ella nunca volverá a ver a su marido, ni más, ni menos.

Luego se fue a la central de los federales en la ciudad. El jefe local estaba a medias de mal humor y a medias contento; lo primero porque preveía el nubarrón que iba a caerles encima en cuanto la prensa airease el asunto, lo segundo porque quién fracasaba era el irritante y archifamoso inspector-jefe Telford, y no él.

Pero Telford no parecía poco ni mucho preocupado por su aparente fiasco.

—Deje que esos muchachos aireen mi fracaso y cuenten a todos los lectores de sus periódicos como unos pillos se han burlado lindamente de mí. Me complacerá leer su: afirmaciones y no dudo que también a los secuestradores. ¿Ha llamado Brent?

—¿Tenía que llamar?

—En estos momentos anda pegado a los talones de uno de los secuestradores, espero que no se le escabulla.

El jefe local respingó.

—¿Quiere decir...?

—Que soy un poco menos tonto de lo que deseo aparentar. Me voy a mi despacho a prepararme una taza de café, si llegan los feroces lobos de la prensa entrégueles mi cadáver. Diga que me

siento humillado, desconcertado y furioso hasta el límite y que fui a ocultarme en cualquiera de mis muchos refugios, para planear mi contraofensiva. Cargue la mano en la rabieta, eso les gustará...

En su despacho, Telford había realizado ciertos acomodamientos heterodoxos que convertíanlo en un lugar realmente confortable... para él. Por ejemplo, disponía de una maquinita italiana para hacer café donde se preparaba el suyo y de acuerdo a una endemoniada receta arábiga que nadie conocía. En opinión de algunos expertos, el café del inspector Telford no tenía nada que envidiar a determinadas drogas alucinógenas.

El subinspector Reed apareció media hora más tarde con su informe. Había sido dejado por Telford en el lugar del asalto a la señora Hughes.

—Banion, Prokofief y yo hemos rastreado a fondo el lugar. Como usted suponía fueron tres, una mujer y dos hombres. Llegaron al lugar de los hechos escasos quince minutos antes del paso de la señora Hughes, en un «Chrysler» con ruedas «Keystone» ligeramente usadas, y se introdujeron unos cientos de yardas en el camino. La mujer debía ir maquillada y vestida de modo que pudiera ser confundida, de noche y pasando a moderada velocidad, con la señora Hughes. El agente Banion, precisamente recuerda haber visto pasar ese coche con un hombre y una mujer en el asiento delantero, pero no les dio importancia ni anotó su matrícula, ni asegura que era gris azul oscuro. Una vez en el punto convenido, el hombre debió vestirse el uniforme de policía de carreteras y a campo través corrió hacia el punto de la carretera general donde le aguardaba su otro cómplice con una «Langley» especial del tipo de las usadas por la policía de carreteras. También Banion vio llegar al motorista cinco minutos antes de que pasara la señora Hughes. Colocaron placas falsas a la motocicleta velozmente y el cómplice se alejó lo justo, esperando a que apareciera la señora Hughes. Cuando la vio llegar avisó a su compinche por medio de un transmisor de radio portátil, sin duda. El falso policía sólo tuvo que cerrarle el paso, detenerla y sorprenderla, obligándola a ir dentro del camino vecinal mientras su compinche quitó de nuevo las placas falsas a la motocicleta, dio media vuelta y retornó a la ciudad tranquilamente. Banion le vio pasar y acto seguido a Brent.

—¿Qué más pudisteis averiguar?

—Todo el asunto no duró cinco minutos. La mujer cómplice debía estar lista y se llevó el coche, apenas la señora Hughes fue sacada del mismo. El falso policía marchó aprisa junto al que les trajo allí, se despojó de sus prendas, poniéndose de nuevo sus ropas normales, y luego se alejó hacia el Norte, tomando a cosa de una milla de distancia una desviación que lo acercaba a la ciudad retornando a la carretera general a cuatro millas más acá del punto del asalto.

—Lo planearon todo concienzudamente, sin ninguna prisa. Conocen los métodos ortodoxos que empleamos y también a mí me conocen, no se quisieron arriesgar.

—¿Brent aún no dio señales de vida?

Las dio veinte minutos más tarde.

—Estoy en una cabina telefónica de la calle Pierson. Y con más mal humor que datos aprovechables.

—¿Qué pasó?

—Seguí al tipo de la motocicleta sin que él lo notara, a menos eso imaginé. Vino a la ciudad y dejó la motocicleta en la calle Blanding, luego fue a pie hasta un bar cercano. E bar se llama «Angie's»

y es uno de esos lugares donde se reúnen muchachos más bien jóvenes. Entré tras él...

—Y se te había esfumado.

—No. Estaba allí, charlando con una bonita muchacha. Había mucho ambiente y de mí no parecieron ocuparse. Se pusieron a bailar y también tomaron un trago en el mostrador. Luego él fue a efectuar una llamada telefónica, salió y siguió con la chica. Yo me dispuse a informar, pero entonces vi cómo se marchaban juntos, de modo que me fui tras ellos...

—¿Qué pasó?

—Tuve que echar otra moneda para que no se cortara la comunicación. Fueron un buen trecho por la calle, enlazados y jugueteando, ya me entiende. Después llegaron a la calle Pierce y entraron en uno de los edificios, el 283. Como es natural, les seguí.

—Y te cazaron como a un novato.

—¿Cómo lo sabe?

—Premonición. Continúa.

—Bueno, pues se trata de una de esas casas algo antiguas y el

ascensor estaba estropeado, según un cartelito que tenía puesto. Calculé que subían por la escalera, oí sus voces... Así que subí con cuidado detrás de ellos. En el rellano de la tercera planta una puerta se abrió a mi espalda y alguien me conminó a levantar las manos y quedarme quieto.

—Un truco tan elemental como efectivo. Casi nunca falla. Sigue.

—Tengo poco más que decir. El tipo aquel se cubría con una media de seda y empuñaba una espléndida automática. No me dejó objetar, me obligó a meterme allí dentro. Y entonces me atizaron con lo que creo era una porra de goma, aturdiéndome. Antes de que pudiera reaccionar me sentí sujetado por detrás con una presa de «judo» y alguien me plantó en las narices un algodón empapado de anestésico. Tengo el estómago revuelto...

—¿Cuánto hace de eso?

—Calculo unas dos horas. Al despertar me encontré completamente libre, ni siquiera me quitaron la pistola. Estaba en el suelo de una vivienda vacía, como más tarde pude comprobar y tampoco el ascensor estaba averiado. Así que salí y estoy llamando...

—Toma un taxi y ven. Procura despejarte por el camino, no vayan a imaginarse los muchachos que estuviste corriéndote una juerga.

Telford colgó. Nada en su aspecto expresaba la contrariedad que debería sentir. Reed inquirió qué había sucedido, curioso:

—Le dieron esquinazo a Brent del modo más efectivo, sencillo y elegante posible.

—Así que perdimos la pista...

—Todavía no. Me toca la próxima jugada. Y ellos la están esperando.

Brent llegó bastante alicaído. Amplió el relato y dio también una exacta descripción del tipo al que había estado siguiendo.

—Aparenta unos veinte años, delgado pero fuerte, de cabellos oscuros, boca grande, nariz ligeramente aguileña, cejas espesas... No, no debía ir maquillado, a no ser que la chica con quién se reunió forme parte de la banda. Mi impresión es que se dio cuenta de algún modo de que estaba siendo vigilado y solicitó instrucciones por teléfono...

—Ten la certeza de que no descubrió tu vigilancia. Otra persona

sí lo hizo y cuando llamó para informar, de acuerdo con el plan de su jefe, le avisaron, diciéndole lo que tenía que hacer para atraerte al punto donde iban a prepararte la trampa.

—Sea como sea, no me siento nada satisfecho... Y además, tengo el estómago estropeado por el anestésico.

—Tómate un par de tazas de café. Cuando te sientas mejor, llama al bar ése, el «Angie's». Reed y yo vamos a darnos una vuelta por allí y también visitaremos la calle Pierson.

—¿Por qué no les acompaño?

—Porque cuando llames tendré trabajo para ti. Reed, que venga Watts y realice un retrato «robot» de ese mozo motorista y de su pareja, de acuerdo con la descripción de Brent. Quiero cien copias de cada uno. Que cotejen el de él, en los archivos, aunque estoy seguro de que no habrá una ficha suya. Que Langdon vaya a la calle Pierson y husmee por los alrededores del 283, dejándose ver. Que de la impresión de estar un poco achispado y hable en un par de bares contra las mujeres que consideran a sus maridos unos tristes esclavos y todo eso...

Capítulo VI

LA calle Blanding había sido una buena calle treinta, cuarenta, cincuenta años atrás. Entonces se alzaron edificios que fueron ocupados por gente de la mesocracia blanca de la ciudad, abriéronse buenas tiendas y algunas empresas montaron allí sus oficinas. Luego llegó la marea negra y comenzó el éxodo de los blancos acomodados. Ahora la calle estaba habitada por negros en un sesenta por ciento y blancos de segunda clase —puertorriqueños, mejicanos, italianos, irlandeses, griegos, cubanos exiliados...— lo restante. Era como una vieja dama venida a menos que ya no se preocupa demasiado por mantener las apariencias.

Los «jóvenes salvajes» no abundaban demasiado en la calle Blanding. Sin embargo, había un grupito de ellos en la esquina con la calle Finney, los cuales contemplaron de mal modo al elegante automóvil y los dos hombres que del mismo se apearon. Telford se refirió a ellos.

—Siempre que me tropiezo con una gavilla de estos lobeznos siento dolor de estómago. Nuestro país tiene excesivas libertades mal entendidas y peor interpretadas, así nos luce el pelo.

—Yo no dejaría el coche aquí sin vigilancia.

—Yo lo voy a dejar.

Un patrullero policial, de esos que recorren incesantemente las calles de las grandes ciudades norteamericanas en un inútil intento de impedir delitos de todo género, estaba llegando despacio. Telford le hizo una seña y los ocupantes del patrullero detuvieronlo junto a ellos, apeándose enseguida con la clásica actitud de los policías estadounidenses.

—¿Qué sucede?

—Por el momento, nada. Inspector-jefe Telford, policía federal.

¿Conocen a esa pandilla de la esquina?

El nombre de Telford era bien conocido por los policías de la ciudad. Aquellos dos cambiaron de actitud y asintieron, mirando a los ya incómodos «jóvenes salvajes».

—Es el grupo de «Skippy». Lanson...

—Bien. Quiero que uno de ustedes vaya a contarles algo. Dígales quién soy y qué éste es mi automóvil particular. Añadan que si cuando regrese a buscarlo, le encuentro una simple melladura, me encargaré de que todos ellos, más el resto de la pandilla de jóvenes salvajes de la zona, sean quienes fueren y tengan la culpa que tengan en el desaguisado, maldigan el día y la hora en que se me ocurrió acercarme por aquí.

Los policías se miraron. Y uno de ellos objetó:

—No se puede ir con un aviso así, inspector, es...

—Ustedes vayan, denlo, y déjenme a mí el resto. Ah, conviene que se mantengan a mano, podríamos necesitarles para hacer un arresto.

—Cualquier día va a tener un disgusto con sus métodos —gruñó Reed mientras iban atravesando hacia el «Angie's»; pero lo dijo sonriendo. Y sonriente le contestó Telford:

—El día que no pueda contabilizar media docena de esos disgustos lo voy a considerar día nefasto, por perdido.

El «Angie's» era semejante a otro millón de negocios de su mismo género en el país. A pesar de la hora por lo menos treinta o cuarenta muchachos de uno y otro sexo, predominando los negros, bailaban, bebían y armaban bulla. El humo el vaho de respiraciones, el olor de las bebidas y el ruido de músicas formaba un todo muy compenetrado, viva estampa de las delicias de la moderna civilización.

—Sin embargo, éste es un establecimiento «blanco» —comentó Telford con placidez mientras iban a través del local hacia el mostrador, blanco, él de muchas miradas entre irónicas, incrédulas y desconcertadas—. No se expenden drogas ni tampoco alcohol a los menores de edad, no lo frecuentan las pandillas de «jóvenes salvajes» de la zona y no ha sucedido nunca aquí dentro ningún delito grave. También es de los pocos locales donde blancos y negros conviven bastante armoniosamente. ¿No te dice nada esto?

—El mozo de la motocicleta debe ser conocido aquí...

—O por lo menos ha venido algunas veces. No debemos olvidar que una de las características del «Grupo H» consiste en su eclecticismo y su civilizada conducta. Detestan la brutal violencia innecesaria, poseen alto sentido estético... Bonita muchacha, esa mulata. Una verdadera joya de carne prieta y joven... Supongo que aquí tienen cerveza negra, ¿verdad?

El interpelado, un negro ya no joven, fornido y feo, asintió. No parecía muy amable. Tampoco estaba solo detrás del bar, había una cajera blanca y dos camareras, una blanca y otra negra, todas las cuales contemplaban a los federales con una mezcla de recelo e interés.

Telford sacó tabaco, ofreció a Reed y esperó a que el camarero les colocara delante las cervezas. Entonces ocurrió algo extraño.

—Oiga amigo. Usted se llama Saynes, ¿verdad?

El negro se puso en guardia.

—¿Ocurre algo con eso?

—No, hombre, nada sucede. Es que estoy seguro de haberle visto a usted en otra ocasión antes. Sí, fue en Dentón, Minnesota, hará cosa de tres años... Usted trabajaba entonces como camarero en un bar, el «Farewell». Mataron al dueño por un asunto de faldas, ¿verdad?

El camarero negro había ido cambiando de actitud y ahora miraba fijamente a Telford. También Reed lo hacía y otros.

Las pupilas de Telford parecían haberse contraído y un doble centelleo partía de ellas. Un centelleo dorado que sólo el negro podía percibir bien. El humo parecía envolverlas, pero no era así, su brillo iba en aumento y manteníanse fijas, muy fijas, en él...

—¿Son de la policía?

—Agentes federales, amigo. Pero no tenemos nada con usted. Buscamos a un par de muchachos que pueden facilitarnos información. Seguro que usted les conoce... Tranquilícese, amigo, no tenemos nada contra usted, ya sé que no tuvo culpa en aquello de Dentón. Verá a sus chicos esta noche y podrá acostarse tranquilamente con su mujer, sin preocupaciones. Sólo buscamos un informe. Eche una ojeada a este par de dibujos y díganos si les conoce. Dáselos Reed.

Reed suspiró. Conocía muy bien los métodos heterodoxos de su jefe. Sacó y tendió las copias de los retratos «robbot» hechos

siguiendo las indicaciones de Brent al camarero negro, que tendió la mano y los tomó como si algo moviera su sistema nervioso al «ralentí».

Ahora todo el mundo se estaba dando cuenta de que algo raro sucedía. A excepción de algunos chicos y chicas que continuaban con lo suyo, los demás paraban atención a los dos federales y no ciertamente con amistosidad. Sin embargo, verdadera inquina no se advertía, sino más bien desasosiego y desagrado. Las camareras y la cajera, algunos de los que estaban en el mostrador, parecían, no obstante, intrigados, como fascinados.

El camarero negro miró los retratos y habló con voz monótona:

—Ella viene a menudo por aquí. Se llama Sue, tiene muchos amigos. A él lo he visto varias veces, sí. Creo que se llama Harry.

—¿Apellidos?

—No, no recuerdo.

—¿Estuvieron aquí esta noche?

—Seguro. Él llegó como a las nueve y cuarto o nueve y media, bailaron, tomaron un trago y luego se fueron...

—Gracias, Saynes. Es bueno colaborar con nosotros, créame. Excelente su cerveza. ¿Alguno de ustedes puede añadir algo a la información? ¿Usted?

La cajera respingó. Era joven y agraciada.

—Yo no sé nada...

—Por favor, sea tan amable como linda. ¿Me permite? Tiene unos ojos preciosos... Muy agradables de mirar, en efecto. Seguro que reconocerá a estos dos muchachos. No han hecho nada malo, sólo queremos charlar con ellos...

Ahora era la cajera quien veía aquel doble centelleo magnético. Y quien cambió de expresión de modo perceptible, quien puso sus movimientos en «tempo lento».

—Ella es Sús Barratta, creo que vive en la calle Pierson. Él se llama Harry Hinton, pero no sé dónde vive, ni qué hace. Viene a menudo, tiene amigos... Mire, aquél, aquella...

Veinte minutos después, los dos federales estaban en la calle de nuevo. Reed suspiró, mientras comprobaban que el patrullero no estaba a la vista pero tampoco el grupo de «jóvenes salvajes».

—A veces me pregunto cómo lo consigue...

—Es muy fácil.

—Pero es totalmente ilegal. Esas personas podrían demandarlo.

—¿Sobre qué base? ¿Cómo pueden probar que han sido hipnotizados? Además, en este caso no les hice ninguna pregunta que pudiera implicarles en ningún delito ni tampoco causarles ningún daño. En realidad, me he limitado a tranquilizar sus nervios, relajar su tensión inamistosa e indicarles que un ciudadano honrado debe siempre colaborar con la policía. Es lo mismo que enseñan en las escuelas y otros lugares no menos honorables.

Habían llegado junto a su automóvil... que estaba intacto. Entraron y Telford conectó su radio-teleéfono.

—Brent, provéete de una orden de detención contra Harry Hinton, que tiene veintidós años de edad y habita, al parecer, en el 894 de Elnore Cannon Road. Sí es el mozo al que seguiste. Llévate a Banion, o a Marcos... No, por el secuestro no. Agresión a un agente de la autoridad, no quiero cometer tantos errores.

La calle Pierson aparecía muy solitaria al filo de la medianoche y sólo había un par de bares abiertos. El ascensor de la finca número 283 funcionaba perfectamente. Y en el piso tercero, la vivienda marcada con una «D» se abrió sin la menor dificultad al empujar su puerta el agente Reed.

Allí dentro había muy pocas cosas, pero las linternas sordas de ambos agentes federales encontraron un par de ellas...

En el quinto piso, un hombre gordo y casi calvo abrió a la llamada de los federales y parecía bastante nervioso. Se puso más aún al conocer sus deseos.

—¿Qué es lo que ha hecho mi hija Súe?

—Nada grave. Bailar y pasearse con un guapo muchacho. ¿Está en casa? Queremos hablar con ella.

—Ya se acostó... La llamaré...

Súe Barratta era bonita, espigada, morena, y un típico ejemplar de la juventud americana. Llegó desafiante y agresiva, pero se la notaba inquieta. Y desde luego, al ver al par de tipazos varoniles que la estaban esperando su agresividad varió lo suyo. Su madre y cinco hermanos de uno y otro sexo, entre los veinte y los once años, formaban un grupo no menos inquieto y hostil, que Telford se quitó de encima rápidamente.

—Escúchenme, no se trata sino de hacer unas preguntas a Súe; pero si comienzan a ponerse pesados me veré forzado a llevármela a

la Jefatura para allí interrogarla a mis anchas. Así que váyanse a dormir y déjennos en paz.

—¡Tenemos derechos constitucionales!

—Y yo tengo una orden de detención en el bolsillo que sólo necesita ponerle nombres. ¿Prefieren que Súa duerma en casa esta noche, libre de complicaciones, o que lo haga en un calabozo y se tire en él veinticuatro horas, sea fichada y todo lo demás?

Fue suficiente. Poco después él y la inquieta muchacha estaban solos y frente a frente, con Reed actuando de vigilante para evitar que interviniesen los familiares de ella.

—Vamos a ver, Súa. Tranquilízate, no trato de causarte ningún daño, aunque sabes que podría darte un lindo disgusto. Es fea cosa eso de servir de cebo para atrapar a un agente federal en acto de servicio, ¿sabes?

Desde siempre las mujeres, en general, han resultado fáciles de hipnotizar para un experto dotado de poderes. Súa era joven y nerviosa, cayó en trance hipnótico rápidamente y desembuchó todo cuanto sabía acerca de Harry Hinton.

—Harry me contó que era un tipo con quién había tenido problemas y que necesitaba darle un escarmiento para que le dejara tranquilo, nada más. Me aseguró que sólo iban a darle una paliza...

—¿Quiénes iban a dársela?

—No lo sé... Nosotros subimos juntos hasta aquí, luego Harry me dijo que no me preocupara y que él iba a ajustarle cuentas al tipo... Me metí en casa y ya no sé más.

—Sin embargo, deberías saberlo, porque atrajisteis aquí al agente deliberadamente. ¿Le dijiste a Harry que estaba vacía esa vivienda de la tercera planta?

—No. Él ya lo sabía... Bueno, un par de veces hemos entrado allí esta semana...

De nuevo en la calle, los dos federales caminaron despacio hacia un pequeño bar. Telford parecía satisfecho.

—Harry Hinton conocía la existencia de esa vivienda vacía. Cuando le comunicaron que estaba siendo seguido se acordó de ella y se lo mencionó a su jefe. Éste, entonces, le dijo cómo tenía que actuar. Así que él y la chica permanecieron unos minutos más en el «Angie's», dando tiempo a sus compinches para que fueran a tender la trampa.

—Pero eso supone que estaban muy cerca.

—Naturalmente. Quien descubrió a Brent estaba muy cerca de aquí, probablemente en cualquiera de los bares de la zona. Recibió el aviso y se puso inmediatamente en acción. Un cartel anunciando que el ascensor está estropeado se pinta en dos minutos, llegó, esperó a ver como se acercaban al cebo y la presa, colgó el cartel y subió en el ascensor al tercer piso. Cuando Brent subió detrás de la pareja de tórtolos, le salió por la espalda y lo cazó.

—Pero había otro...

—En efecto. Eran dos. Y es lo que me pregunto, cuántos forman la banda, en realidad...

Aquel bar estaba casi vacío. Pero el agente Langdon se encontraba acodado en el mostrador, con su vaso delante y «dándole la tabarra» al tabernero, hombre de cara saturnina que parecía bastante filósofo. Ni siquiera miró hacia sus compañeros cuando entraron.

—¡Póngame otro trago! Maldita sea, cuando uno ha cometido la estupidez de casarse lo único que le queda es emborracharse...

—Se ve que la ha tenido buena con su esposa, sí —contesto el tabernero a la irónica observación de Telford—. No es el único, pero éste la ha cogido fuerte...

Cambió de expresión cuando supo con quienes trataba.

—¿Un tipo que estuvo llamando por teléfono sobre las diez...? No, no lo recuerdo. A esa hora vienen muchos clientes, tengo mucho trabajo...

Hubo más suerte en el cuarto de los bares de la zona.

—Sí, me fijé en él. Un tipo de unos veinticinco años, estatura media, vestía de oscuro... Tomó una cerveza y habló por teléfono, luego se quedó esperando junto a la cabina y se apresuró a coger el aparato cuando sonó...

—Todo esto me huele a pista falsa —gruñó Telford cuando se alejaron del barrio en su automóvil—. Apuesto una botella de coñac francés contra un doble de cerveza a que nuestros amigos del «Grupo H» las están pasando divertidas viéndonos corretear estúpidamente de un lado para otro.

—¿Por qué correteamos, entonces?

—Porque mientras estén convencidos de que nos traen de cabeza tendremos una oportunidad de darles jaque mate. Y te aseguro que

esta partida la voy a ganar.

Capítulo VII

BREIMT tenía impreso el mal humor en el rostro cuando les recibió en Jefatura.

—El pájaro ya había volado de su jaula cuando llegamos a buscarle —informó. Telford no se inmutó.

—Cuenta.

—El 894 de Elnore Cannon Road es una casa particular. Su propietaria se llama Corinne Talbot y tiene setenta y cuatro años, es soltera y se dedica a criar gatos de raza, que por lo visto vende muy bien. Harry Hinton trabajaba para ella a cambio del alojamiento y un sueldo de setenta dólares semanales. Según la anciana señorita Talbot él es un muchacho maravilloso y no concibe que haya cometido ningún delito.

—Sigue.

—Cuando llegamos ella estaba ya en la cama. Ni se había enterado de la fuga de Hinton, al parecer él solía salir de noche y retornaba a veces algo tarde, de modo que no se alarmó al escuchar el ruido de su automóvil.

—¿Dónde se alojaba?

—En una habitación situada encima del garaje y junto al alojamiento de los gatos de raza, fuera de la vivienda principal. Hinton se ha llevado todas sus pertenencias, no hemos encontrado nada que valiera la pena. Debió marcharse más de una hora antes de nuestra llegada allí y desde luego, no tengo la menor idea de adonde. Investigamos los alrededores. Un policía de servicio dio un dato que puede ser interesante.

—¿Cuál?

—Le acompañaba una muchacha. Una morena. Les vio bastante bien, pero no tanto que pudiera describirla a ella. Llegaron primero,

a las diez y treinta y cinco, permanecieron dentro de la casa cosa de una hora y salieron cargados con el equipaje. El policía no vio exactamente eso, sino sólo al coche cuando se alejaba de la casa. Es un Ford del 65...

—Magnífico. Ya tenemos en danza a la mujer... Reed, quiero un boletín de captura contra Harry Hinton. La acusación es atentado a un oficial de policía, con lesiones. Recomiende taxativamente evitar el uso de armas, advierta que no se trata de un verdadero criminal. No quiero que cualquier estúpido bruto me lo mate. Banion, regrese a Elnore Cannon Road con un equipo de huellas. Quiero que no dejen un palmo de terreno sin revisar.

—¿Qué hacemos con los periodistas? Ya han olfateado la liebre.

—Lánceles detrás de mí... No, espere, hableles de Hinton, pero sin concretar su conexión con el rapto. Que saquen sus propias conclusiones.

El agente Langdon llegó poco después.

—Todo el barrio está revuelto por su visita, jefe. Se dice que hipnotizó a varias personas para sonsacarles y le escuché a un indignado policía palabras muy poco amables para su persona... No es mucho lo que pude averiguar. Un hombre y una muchacha estuvieron a las diez en punto en la esquina de Blanding y Pierson, con un «Chrysler»

gris-azul

oscuro. Ella era al parecer muy hermosa y no tendría más de treinta años, él tenía bastantes más, pero no pasaba mucho de los cuarenta y su contextura física era impresionante. Ella era morena, él rubio oscuro, ambos muy elegantes. Parece que cierta banda de «jóvenes salvajes» de la zona trató de presionarlos y se llevaron un buen disgusto.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Por lo que pude entender, se metieron con la muchacha cuando llegaron. Entonces su acompañante descalabró a dos de sendos golpes muy bien medidos. Salieron las navajas a relucir entonces. Pero la hermosa muchacha sacó dos palos de golf del interior del vehículo, le dio uno a su acompañante y entre ambos dieron a los gamberros una contundente lección de cómo se pelea cuando se sabe manejar un palo de golf debidamente. Dos muñecas rotas, cinco cabezas más o menos abiertas y una humillante huida

de los gamberros fue el resultado de la escaramuza. Luego el hombre y la muchacha desaparecieron con su automóvil, antes de que llegaran los del patrullero de la zona. Naturalmente, los gamberros se han abstenido de denunciar lo sucedido. ¿Crees que eso tenga algo que ver con el secuestro de Hughes?

—¿Alguien había visto antes por allí a esa pareja?

—No he podido comprobarlo, pero sospecho que no. Hay un hecho interesante. Volvieron a ver ese mismo «Chrysler» aproximadamente quince minutos más tarde, estaba detenido más o menos delante del número 287. Dos hombres subieron al mismo y el coche se alejó hacia la avenida Bucaneer. Al menos dos personas le vieron entonces y una de ellas aseguró que iba dentro una mujer. Otro de los testigos comentó que uno de los que subieron al coche había estado tomándose unas cervezas antes en determinado bar de la calle Selkirk a dos cuadras de distancia de la esquina donde ocurrió la bronca, y que realizó un par de llamadas telefónicas. No pude conseguir más detalles, era arriesgado...

—No hace falta. Han estado jugando con nosotros al gato y al ratón.

—Vaya... No es noticia que me cause mucha gracia.

—Porque tienes poco sentido del humor. Te ocurre lo mismo que al jefe.

El jefe inmediato de Telford tenía, ciertamente, muy escaso sentido del humor y se lo demostró al inspector aquella misma noche.

—Telford, conozco muy bien sus métodos y sus puntos de vista, pero por enésima vez le ordeno que se atenga a los reglamentos. Ni el secuestro es un juego de sociedad ni el Estado nos paga para que vayamos por ahí divirtiéndonos, haciendo el ridículo y practicando la hipnosis con los ciudadanos, amén de proferir amenazas totalmente ilegales. Necesito resultados concretos, ¿entendido? Y los necesito inmediatamente o le voy a dar que sentir.

Telford estaba más que habituado a tales filípicas y ni se inmutó.

—Asaltaron a la señora Hughes a las ocho y media de esta tarde. Son la una y veinte de la madrugada y ya hay una orden de detención contra uno de los asaltantes y secuestradores, que ha sido plenamente identificado. Considero eso un resultado tangible...

—¡No se me salga por la tangente! ¿Por qué acusa a ese Hinton

de simple atentado contra un agente de la policía sin especificar y no por lo que ha hecho en realidad?

—Porque no tengo el menor deseo de que se repita el fracaso humillante que en los últimos catorce meses han sufrido varios de mis colegas.

—¡Usted y su teoría...! Hemos hecho el ridículo de nuevo. ¿No le parece?

—No me lo parece. Si se refiere a los cien mil dólares perdidos por la señora Hughes, permítame decirle que era un riesgo perfectamente calculado.

—¡Cuénteselo a ella! Y a los periodistas...

—Ella me es muy desagradable, prefiero no tener que contarle nada, al menos de momento. En cuanto a los periodistas, déjeles que trinen. Su canto es sumamente agradable a mis oídos.

—¡Pero no a los míos, ni a los de otros...! Telford, por todos los demonios, ¿qué sabe, qué busca, qué se propone?

—Se lo dije. Atrapar a un grupo de simpáticos granujas y escarmentarlos para que dejen de jugar un juego del todo ilegal.

—¿Llama usted juego a eso...? Brrrrfff...

—Es un juego. Y si mi teoría resulta tan cierta como creo, un juego que tiene toda mi simpatía, aunque como agente de la Ley deba ponerle coto y haga cuanto pueda para conseguirlo.

—¿Quiere hablar en serio de una vez?

—Hablando totalmente en serio, ¿qué tenemos? Sabido por nosotros, la bonita suma de dieciséis secuestros de caballeros de lo más respetables y apacibles, cuyas edades oscilan entre los cuarenta y cuatro y los cincuenta y siete años. Todos estos secuestrados eran hombres en buena posición económica... o mejor dicho, sus esposas gozaban de buena posición económica gracias a una serie de determinantes muy curiosos, ya que resultan curiosamente coincidentes. Hombres grises de existencia gris y sacrificada, abocados al infarto de miocardio o habiéndolo sufrido ya, incluso, pero que seguían laborando duro, ganando un dinero del que no disfrutaban, verdaderos esclavos de una situación conyugal y social a todas luces injustamente discriminatoria contra ellos. Todos esos hombres no tenían en realidad nada suyo, ni siquiera su vida, su persona. Trabajaban para abonar cuentas, liquidar hipotecas, adquirir artilugios y cacharros ultramodernos y bonitos, costear

fiestas sociales... Trabajaban cincuenta, sesenta, setenta horas semanales, en la realidad. Pero no tenían nada, absolutamente nada, en realidad. Sí, una casa, un par de coches, muchos muebles, cacharros... Pero eso no hace la felicidad de un hombre maduro. Todos ellos, cosa curiosa, carecían de dinero propio en cantidad. Resulta que lo que no eran ganancias pertenecía a la esposa, porque ella lo aportó al matrimonio pero teniendo buen cuidado de dejar constancia legal de que era suyo y suyo exclusivamente seguiría siendo...

—¿Adónde va a parar?

—Al hecho concreto e indudable de que ninguno de esos dieciséis maduros secuestrados haya reaparecido después de que sus secuestradores cobraron el rescate exigido. ¿Dieciséis asesinatos? ¡Brrrrrr! Se me ponen los pelos de punta. Pero si uno no muere, ni es matado, está vivo; y los vivos necesitan vivir. Vivir es la palabra clave, ¿comprende?

—O sea, que según usted, se trata de falsos secuestros.

—Exactamente. Y de una organización especializada en ellos, dirigida por un brillante cerebro de artista y estratega, formada por gente joven eficiente, con un alto sentido del humor y un magnífico espíritu deportivo unidos a una estimulante dosis de alegría y sano quijotismo.

—¿Se da cuenta de que está ensalzando a un puñado de delincuentes?

—Para mí no lo son, en mi opinión de hombre civilizado. Como agente federal, cumplo con mi deber. ¿No le ha ocurrido nunca sentir que a quién debería meter en una celda era al demandante y no al demandado, al abogado y no al reo, al...?

—Basta de sus teorías anarquistas, Telford. Al grano.

—Al grano. Nuestro grupo de pillos simpáticos y osados, desvergonzados, inteligentes y eficaces, primero averigua donde hay uno de esos mártires grises de nuestra moderna civilización, luego se ponen en contacto con él, tantean su estado de ánimo, se insinúan, le abren ante los ojos el espléndido abanico de maravillas que puede obtener por su mediación, lo seducen y, finalmente, consiguen su más fervorosa, leal y total cooperación. Entonces, y siempre con ayuda de su cliente, montan sin ninguna prisa todos los detalles de un «secuestro» tal y como estamos hartos de verlos en

las pantallas de los televisores y los cines, adornándolos con notas de ingenio y de humor. Llegado el momento, se efectúa el «secuestro» y la esposa, colocada entre la espada y la pared, paga lo que le piden mitad por no atreverse a cargar la conciencia con la muerte del cónyuge al que exprimió como a un limón durante tantos años, mitad por miedo a lo que dirían sus amistades y vecinos, todo el mundo, si se enterasen de que prefirió arriesgar la vida del marido a su dinero. También porque las mismas pantallas las han convencido de sus estupendas historias en color de que nosotros, los policías, casi siempre recuperamos el dinero. Pagan, pues, y esperan la reaparición del secuestrado. Pero ni ésta se produce ni tampoco vuelven a ver el dinero que ellos les ganaron con su esfuerzo y su salud durante muchos años. Yo tengo una idea...

—¿Cuál?

—Sospecho que todos esos honorables y ya liberados ciudadanos se encuentran fuera de este país, gozando de su libertad y de la vida en soleadas playas sin sujeción a horarios, sin televisión en color, ni automóviles del último modelo, ni neveras mastodónticas, ni media docena de cuartos de baño en sus actuales domicilios... Pero eso sí, felices como un viejo fauno, tranquilos al fin. Y desde luego, muy lejos de todo contacto íntimo con faldas.

—¿Se lo han descubierto sus poderes especiales?

—Sí. También mis facultades deductivas y todos los datos que he ido reuniendo y estudiando. Naturalmente, nuestros simpáticos amigos...

—«Sus» amigos, no los míos.

—Conformes. Mis simpáticos amigos cobran su trabajo. Deben cobrarlo bien, es muy posible que la tarifa sea levada. Pero, con la mano en el corazón, dígame; si usted llevara esclavizado a una de nuestras modernas Amazonas, una de esas «mantis religiosas», de esas efectivas vampiresas que chupan sangre, tuétanos, energías, ilusiones, toda la savia vital y también la moral del hombre al que atrapan con un certificado de matrimonio; si llegado a la edad crítica viera que todo su futuro probable consistía en un infarto de miocardio o, en el mejor de los casos, la humillante tarea de criado sin paga de su dueña y señora sin posibilidad ninguna de un mínimo resquicio por donde salir a respirar y estirarse con plena

libertad; y si sabiendo esto alguien le ofreciera el soñado paraíso con garantías razonables de conseguírselo, ¿miraría unos miles de dólares no suyos, sino de la mujer de quién ansiara escapar?

—Acabará convenciéndome, maldito sea, Telford, con ésa su funambulesca oratoria. Y no lo admito. Lo ponga como lo ponga es un delito...

—Según las leyes al uso, sí.

—Cobramos para hacerlas respetar.

—Ya lo sé. Poco, pero cobramos. Además, casi todos estamos aquí por vocación, yo más que nadie. Y por eso es que voy a estropearles la fiesta a ese grupo. He sido retado y he cogido el guante, ellos lo saben y a partir de ahora el juego va a tomar otro cariz, porque yo no soy nada fácil de engañar. Es más, sospecho que han estado actuando desde un principio con una sola mira, la de lograr que me encargara de uno de sus «casos».

Su jefe se le quedó mirando con una expresión que lo decía todo.

—Usted no ha tenido nunca abuelas, ¿verdad, Telford?

Levantándose con su inimitable sonrisa, Telford le contestó:

—Se engaña. Tuve dos de lo más adorables. Y ambas me convirtieron, con sus mimos, en el insoportable vanidoso que soy.

Capítulo VIII

EL mozo tenía una actitud realmente magnífica. Sonreía y su mirada era burlona, desafiante.

—Me parece que está perdiendo el tiempo, inspector. Es más, diría que ha cometido una pifia fenomenal.

Telford sonreía también, una de sus sonrisas especiales. Contestó con su mejor acento de Oxford.

—Me parece que no, mi querido amigo. Estoy absolutamente convencido de que usted es el mismo individuo que bajo el nombre de Harry Hinton trabajó para la vieja señorita Talbot en la muy interesante tarea de cuidar gatos de raza. Y en cuanto cotejemos sus huellas dactilares y lo careemos con ella y otras personas, no cabrán dudas de ninguna clase.

Se encontraban en los terrenos del «campus» de la Universidad de Harward, con eso queda dicho todo. El mozo había respingado al ver aparecer ante él al elegante Telford y oírse llamar por el nombre de Hinton. Las dos estupendas chiquillas que le hacían compañía y cortejo se mostraron intrigadísimas y además muy excitadas al conocer la identidad de Telford, pero ahora hallábanse a corta distancia, cuchicheando y sin duda preguntándose qué cosa tan importante habría hecho su guapo amigo. Otros estudiantes también paraban atención pero nadie se aproximaba demasiado.

—Inspector, de veras me resulta usted divertido. ¿Imagina que no conozco mis derechos cívicos? Mi nombre es Franklin H. Vinson Tercero...

—Y su padre es un importantísimo personaje con importantísimas conexiones y amistades en todos los terrenos, ya lo sé. Pero todas ellas, amigo mío, no evitarán el que sea trasladado a esa ciudad, confrontado con quienes pueden identificarlo como

Harry Hinton, y metido en una celda...

—De dónde tendrán que sacarme a las veinticuatro horas, como usted sabe bien. No es un delito cambiarse de nombre para pasarse unas vacaciones divertidas haciendo algo diferente y viviendo con absoluta libertad.

—Desde luego que no, en esta tierra de todas las libertades oficiales. Pero sí lo es el secuestro con desaparición de la persona secuestrada.

Franklin H. Vinson III emitió una divertida carcajada. Un poco demasiado alta.

—¿Así que ahora soy un secuestrador? ¿Y de quién, si lo puede saber, inspector?

—De un hombre llamado Haycock H. Hughes. Seguiría conversando con usted amistosamente sobre el asunto, pero tengo prisa. ¿Va a venir por las buenas o prefiere los rudos métodos de nuestra policía? Personalmente me sentiría defraudado.

—En tal caso no le voy a defraudar...

Franklin H. Vinson III mantuvo su magnífica actitud justo hasta que el inspector Telford se opuso a la concesión del «*Habeas Corpus*».

—Me propongo acusar al joven Vinson de complicidad en secuestro con homicidio en primer grado, basado en la no reaparición de la víctima del secuestro después que los secuestradores, uno de los cuales era él, como, probaremos a su debido tiempo, se apoderaron con violencia de la suma de cien mil dólares que la señora Hughes iba a depositar en el punto por ellos señalado. De acuerdo con las leyes federales y también con las de este Estado, no se puede conceder la libertad bajo fianza al presunto culpable de secuestro con homicidio.

Se hallaban en el despacho del juez tres de los más prestigiosos abogados de New York, el padre del joven detenido y un senador. Fueron inútiles argumentaciones, presión amenazas y protestas ante la integérrima firmeza del inspector Telford, respaldada por la Ley. Sólo soy un agente de la autoridad encargado de detener y desenmascarar a unos secuestradores. Los hechos están ahí y nadie los puede remover, al menos de momento. Hagan reaparecer al señor Hughes vivo y en disposición de relatar lo sucedido y el gallardo aventurero de su hijo, señor Vinson, será puesto

inmediatamente en libertad bajo fianza como simple cómplice en un delito de secuestro sin daño a la persona o tal vez de un delito mucho menos grave.

También se negó a que vieran a su prisionero.

—De acuerdo con las leyes de este Estado no puede permitirse que visiten a un presunto culpable de secuestro con homicidio otras personas sino su abogado y aún éste sólo podrá hacerlo hallándose presente un oficial de la policía, ya que nosotros tenemos el derecho y el deber de mantenerlo incomunicado hasta que confiese qué sucedió con el secuestrado y la identidad de sus cómplices, si los tuviere o se le sospecharan. Yo no hice esas leyes ni puedo revocarlas, usted senador, hágalo, es su tarea. Pero mientras, sintiéndolo mucho, no.

El juez sólo podía hacer una cosa y era cumplir la ley. De todos modos trató de aguar el vinagre.

—Por sus propias palabras, inspector, parece ser que no cree en la posibilidad de un homicidio, incluso apunta a una simulación de secuestro...

—Lo que yo crea, Señoría, no tiene ningún valor ante los hechos. Entre nosotros puedo expresar mis simpatías por el joven Vinson, pero eso es todo. Existen dieciséis secuestros con subsiguiente desaparición de la presunta víctima sin dejar huellas, ni vivo ni muerto, todavía sin resolver, y una fundada presunción de que un grupo de gentes ha estado y está beneficiándose económicamente de los mismos, tanto si son verdaderos como simulados. Eso es delito, continuado y grave, ¿sí o no? Pues siéndolo, y obrando en nuestro poder pruebas de que el joven Vinson ha tomado parte por lo menos en el secuestro de Hughes y el robo de cien mil dólares a su esposa, yo no veo sino una solución. Cuando el muchacho reflexione y comprenda que el juego ha ido demasiado lejos... si ha sido un simple juego, hable y nos cuenta lo que deseamos saber, a la calle con él y que siga divirtiéndose a su gusto, mientras le llega el momento de responder ante la Ley por este asunto. Pero hasta entonces...

Cuando arreciaron las presiones las cortó con acertada voz:

—A mí no me amenazan ustedes, señores. Y les advierto a todos que si nos ponemos a la brava va a haber un escándalo sonado que no será a mí a quien más perjudique. Con un acuerdo entre

caballeros las cosas pueden arreglarse, mediante amenazas y chantajes, no. Todos ustedes tienen el tejado de vidrio.

Entonces todos gritaron mucho. Y entonces, el inspector Telford mencionó con acerada suavidad a cierta hermosa señorita cuyo nombre hizo respingar al padre del detenido a cierto negocio de patentes que empalideció al más importante de los abogados, a cierto paquete de acciones de una poderosa empresa productora de accesorios militares que dejó sin resuello al senador, a cierta otra señora de muy buena sociedad que tenía un marido muy capaz de pegarle dos tiros a un famoso abogado...

—Como ven, no hablo por hablar ni soy hombre al que se avasalla con ninguna clase de presiones. La paz mía garantiza la de todos ustedes, señores; sigan mi consejo y dedíquense a quitarle hierro a la situación, no a convertirla en explosiva. Todavía la prensa no tiene la identidad del hombre a quien he detenido ni saben tampoco por qué lo detuve.

Una vez más ganó su pequeña y encarnizada batalla de cada día contra las fuerzas de los intereses creados.

—Corro muchos menos riesgos de los que parece, aparte crearme algunos enemigos más, lo cual siempre resulta estimulante. Mientras el hombre y la sociedad sean como son, quien tiene la posibilidad de asustar puede hacer su tarea tranquilamente. Y si algo se descubre pronto en este oficio nuestro es la impresionante cantidad de delitos grandes y pequeños que de acuerdo con la ley y las costumbres todos cometemos cada dos por tres. La inmensidad de ellos puede tan sólo calcularse por el volumen de los códigos de leyes, puesto que no se hicieron para los santos.

Después de aquella escaramuza fue a ver al joven Vinson y se encerró con él en la celda incómoda que ocupaba.

—Amiguito, acabo de denegar, al alimón, con el juez, la petición de «*habeas Corpus*» que trajeron los prominentes abogados de tu padre y a tu padre mismo, y a cierto senador, la autorización para visitarte, eso te dará una idea de cuál es mi postura. Ya lo sé, no hay tal homicidio y el secuestro ha sido simulado. Pero para cuando eso pueda probarse tú habrás pasado una buena temporada entre rejas, el escándalo habrá sido de órdago y nosotros habremos tirado de la manta, descubriéndole a la opinión pública todo vuestro tejemaneje. Así que por tu causa una gran cantidad de pobres

hombres que no te han hecho ningún daño van a ver complicada y amargada su existencia por parte de esposas muy refractarias a la compasión y hasta puede que alguno resulte muerto de verdad cuando la esposa se niegue a pagar su rescate, creyéndolo amañado. Naturalmente, ése suele ser el destino de todas las empresas quijotescas, causar más mal que bien...

El joven Vinson tenía una brillante inteligencia, y sobre todo, esa auto seguridad en sí mismo que es la sólida base del comportamiento juvenil. Desde luego no tomaba en serio los poderes parapsicológicos del inspector. Se quedó en trance sin advertirlo, naturalmente. Él creía estar siendo objeto de una espectacular variante del tratamiento para interrogatorios cuando se vio sumido en sombras tales y contemplando al rostro del inspector bañado en una especie de luz azulenca con halo que hacía resaltar de modo impresionante sus pupilas de brillo magnético...

Durante media hora el inspector Telford estuvo realizando preguntas y obteniendo contestaciones adecuadas. Después dio unas breves órdenes a su interlocutor.

—No te vas a acordar de nada, amiguito, absolutamente de nada. Relájate, duerme y piensa en los bellos y generosos impulsos juveniles, en lo fácil que para un tipo brillante y astuto resulta tenérselas tiesas a un divertido y medio chiflado agente federal...

Cuando dejó la celda esperábele a él otra orden. La de personarse inmediatamente en Washington.

Sus oponentes en el despacho del juez habían salido demasiado escocidos y humillados para no reaccionar pasado el susto. Y reaccionaron al modo clásico.

—Ésta es la verdadera tarea del agente federal, amigo mío —le comentó Telford a Brent—. No la de andar azacaneado por ahí repartiendo y recibiendo golpes, disparando y viéndose baleado, sino la de lidiar continuamente con los intereses creados, la maraña inextricable de presiones, compadrazgos, sobornos, chanchullos, enredos, trampas legales, triquiñuelas... que convierten a menudo nuestro esfuerzo en estéril y nuestra vocación en amargura.

Como suponía, en Washington le esperaban los peces gordos y la gran bronca. A unos y otra hizo frente con absoluta indiferencia.

—Si consideran que me excedía en mis atribuciones, impónganme un castigo. Si creen que llevo mal este caso,

quítenmelo y désenlo a otro. Si opinan que soy un sinvergüenza para el cuerpo, dinamítenme. Me dedicaré a escribir «*bestsellers*» y artículos de primera página.

—Pero... ¿es que nos está haciendo un chantaje a nosotros, Telford?

—Dios me libre. Expongo mis planes eventuales por si en el futuro debo volver a convertirme en ciudadano desligado de todos sus juramentos y en plena libertad de hacer lo que le plazca sin dársele un ardite de reglas morales. Eso no me lo negarán, lo mismo que han hecho el padre de Vinson, su amigo el senador y ciertos prominentes abogados neoyorquinos.

La pelotera fue de órdago. Pero en su fuero interno todos aquellos prominentes jefes policiales sabían que Telford tenía razón. Eso siempre constituye un «hándicap» que lleva al que tiene razón al paredón de fusilamiento, la cruz del Gólgota o la hoguera de Rúan, como además no se tenga habilidad suficiente para dejarles a los otros una salida honrosa.

—Tiene cinco días para resolver este caso, Telford. Si pasado el plazo no ha detenido a esos presuntos delincuentes, presentando contra ellos pruebas irrefutables, de la clase de delitos que sea, pero irrefutables, quiero su dimisión. Y es mi última palabra.

—¿Y si los capturo y las presento?

—Entonces... ¡Váyase al diablo, salga de aquí y haga su trabajo, que para eso está cobrando un sueldo!

—Tengo la completa certeza de que goza enfureciéndonos —aseguró fogosamente un hombre que por lo común no había modo de sacarlo de su frialdad, en cuanto Telford salió de allí. Y otro que tampoco era precisamente un neurótico le contestó tras darle una nerviosa chupada a su cigarro importado de Cuba.

—Eso lo puede asegurar. También que nos ha dicho la verdad, existe ese grupo dedicado a concertar falsos secuestros y las dieciséis personas desaparecidas gozan de excelente salud en alguna parte del ancho mundo. Es más, juraría que ya tiene en sus manos todos los hilos de la trama y por eso ha dado el sonadísimo golpe de detener al joven Vinson.

—Algún día descuidará su guardia y ese día le voy a dar con todas mis ganas un puñetazo en las narices —gruñó agresivamente quién dirigía la reunión—. Pero ahora que se fue, aquí, para entre

nosotros, ojalá, tuviéramos tres docenas de hombres como él...

—Dios nos libre —dijo con fervor el que primero hablara—. Ni el hampa ni yo podríamos resistirlo.

Capítulo IX

DESDE el mismo Washington, el inspector-jefe Telford realizó una llamada telefónica de larga distancia. Luego tomó el avión de regreso a la ciudad donde residía. Allí, celebró una nueva reunión con sus lugartenientes, acogió todos sus informes e impartió una serie de órdenes claras y concretas. Después marchó a su domicilio, donde se hizo preparar por su criado japonés, un baño caliente y darse un buen masaje. Cuando se disponía a solazarse escuchando música de Bach, paladeando un «Curvoisier» del siglo pasado y examinando unos raros ejemplares de fórmulas mágicas para producir la esterilidad, preparadas por un famoso brujo húngaro del siglo XV, su «factótum» le avisó que estaban esperándole al teléfono.

—Es la señorita Barbara Brainard, señor.

La mirada de Telford centelleó. Un centelleo curiosamente excitado.

—Conécteme con ella, Sogumi.

Y luego, cuando tuvo línea lista, habló con su más irritante acento de Oxford, también con una inusitada calidez.

—¿Retornas del Olimpo o vienes de más altas mansiones etéreas?

Al otro lado del hilo sonó una agradabilísima voz femenina.

—Por lo menos parece que, llegue de donde llegue, soy bienvenida.

—Siempre serás mucho más que eso para mí.

—¿Entonces no te importa que vaya a verte? Acabo de llegar y, no sé por qué, siento la absurda necesidad de comprobar que sigues tan insufrible y excitante como de costumbre.

—Un poco más. Ya sabes que, con el tiempo, el buen vino siempre mejora.

—Y el malo se agria. ¿Cuándo?

—Ahora mismo. Sé que habrás ganado en belleza, distinción, encanto y juventud, lo quiero comprobar.

El inspector-jefe Telford detestaba cordialmente a todas las mujeres del mundo... menos una; a aquélla la aborrecía con toda su alma de misógino por la sencillísima razón de estar locamente enamorado de ella.

Se llamaba Bárbara Brainard.

El castigo de los soberbios suele consistir en demostrarles que tienen pies de barro. El talón de Aquiles del inspector Telford era de delicioso barro humano, o si se prefiere, para mayor justeza, de adorable carne femenina. Al inspector Telford las mujeres como tales, le gustaban más que ganarse enemigos y también placían a su sentido estético. Pero su intelecto epicúreo abominaba de ellas precisamente por lo que tenían de cadenas, cerrojos y candados para la magnífica libertad del hombre situado en la cúspide de sus elucubraciones y deseos tendido hacia la Divinidad como una saeta; en otras palabras, porque le forzaban a darle al barro lo que es del barro —cualquiera lo pone de modo más gráfico, si ha de pasar por la censura—. Y hete aquí Bárbara Brainard vengaba a todas sus congéneres siendo como el gusano de la manzana, como el inspector de impuestos en la mente del ciudadano. «Pulvis eris...».

Como niño con zapatos nuevos, el inspector Telford se acicaló cuidadosamente y hasta se permitió tararear un aire pícaro del lejano y hermoso París. Incluso respingó al oír la llamada a la puerta de su vivienda, adelantándose a su «factótum» para abrir.

Desde luego Bárbara Brainard merecía la pena. No era una de esas beldades norteamericanas en serie, como sus coches o sus rascacielos, no, qué va... La vieja y nunca bastante bien ponderada Europa había puesto en ella todas las esencias acumuladas por dos mil quinientos años de verdadera civilización. De hecho tenía sangre inglesa, francesa, italiana, húngara, polaca, y noruega, con unas gotas de la judía, magníficamente mezcladas y dosificadas dentro de su estupenda red arterial. En cuanto a su exterior, preferible resulta no describirlo, no vaya a explotar algún minicerebro de éstos donde sólo parece tener cabida uno de los mandamientos, con absoluta y drástica exclusión de todos los demás. Su elegancia era tal como para quedarse embelesado, su

gracia de gestos, movimientos, inimitable. Y por si fuera poco, para colmo de herejías, poseía una privilegiada inteligencia unida a una absoluta y exquisita femineidad, todo trabado con una desenvoltura de mujer moderna y segura de sí. A su manera, resultaba tan apabullante como el propio Telford. ¡Ah! Según a él, le constaba acababa de cumplir veintiocho años, permanecía absolutamente soltera. Poseía una sustanciosa fortuna y jamás padeció ni la más pequeña enfermedad, abstracción hecha de las infantiles.

Ahora entró radiante, envolviéndolo en su seducción, su personalísimo perfume y su espléndida sonrisa.

—Aquí me tienes. ¿Puedo darte un beso?

—¡«Vade retro»! Si me das uno yo querré darte tres, tú pretenderás doblar la cifra y terminaremos delante de un juez, para castigo de mis innumerables pecados. Dámelo, pero en la mejilla, del modo más fraterno posible.

Riendo descaradamente, una risa cuyo descaro estaba en sus ojos, no en la desmesura de abrir la magnífica boca, ella le puso ambas manos con mimo en el pecho, se empinó poco sobre sus pies y le acarició diabólicamente la mejilla, haciéndole tragar saliva con esfuerzo.

—Te adoro —dijo luego con voz acariciante—. Te adoro y te odio por igual. No he cambiado ni nunca cambiaré.

—Amén y así Dios lo permita. Deja que te vea... ¡Hum! Eres la cifra y clave de toda belleza y seducción femeninas. El Señor y todos sus santos me libren de quedarme solo contigo por más de dos horas en lugar solitario y apacible. ¿Puedo saber de dónde sales? Durante cinco meses me has tenido en el Purgatorio.

—Si fuera eso cierto ahora mismo brincaba de alegría. Pero no lo es.

—Abre mi pecho y verás cómo cada gota de mi sangre lleva tu nombre grabado a fuego eterno. Tú eres mi gloria y mi agonía.

—Cásate conmigo. Ahora mismo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque detesto el matrimonio como detesto todo lo que es maligno.

—Mientes. No quieres porque me tienes miedo.

—También.

—Y porque me amas mucho.

—Dogma inatacable e inmutable.

—Y porque eres el egoísta más perfecto, redondo, aborrecido, insufrible, escurridizo, del mundo.

—Completamente de acuerdo contigo. No concibo amarte sin dártelo todo, desde la sangre hasta los sueños. Y eso, francamente, me aterroriza.

Ella le sacó la lengua en un mohín demoledor y se movió por la estancia con gráciles movimientos de pantera, saludó al japonés con afecto, siguió a la gran habitación heterogénea, abrumadora, insólita, absurda e inclasificable que constituía el «sancta sanctorum» de Telford, le echó una lenta, complacida ojeada, y se volvió de nuevo a mirarlo. Él la vio cómo a una diosa en medio de su gloria.

—Si vieras como me estimula y conforta esta leonera tuya... Es el lugar más de mi agrado que conozco.

—Por eso la mantengo intocada, desde el día que me dijiste que te gustaba.

—Embustero. Así, a simple ojeada, ya veo cinco cosas que antes no estaban aquí, ocho cambiadas de lugar y tres a faltar.

—Exacto. Por eso dije que estaba intocada... en su esencia. Las mujeres detestáis el estatismo y yo sabía que ibas a volver.

Ella se le acercó y le echó tranquilamente los brazos al cuello. ¡Que ojos los suyos, que boca, que sonrisa, que mirada, las tuyas...!

—Te adoro, Terry Telford —dijo. Y le mordió ligeramente la barbilla, para soltarlo inmediatamente y marchar a husmear por allí. Él la contemplaba como un bienaventurado.

—¿Cuántos crímenes raros tienes entre manos?

—Lamento defraudarte. Sólo el divertido negocio del «Grupo H». Ella respingó ligeramente y se volvió a mirarlo de reojo.

—¿El «Grupo H»? ¿Qué es eso?

Terry Telford tenía ahora una beatífica expresión.

—Amor de mis amores, no te hagas de nuevas. Es ése estupendo puñado de «*amateurs*» que se dedica a liberar esclavos. ¿No es acaso por eso por lo que estás aquí?

Ella suspiró, luego rió quedo. Finalmente cogió un cigarrillo y se acercó a Telford para que se lo encendiera. Parecía completamente feliz y divertida.

—¿Cuándo te has enterado?

Telford se agachó a besarla en la punta de la deliciosa nariz y con el mismo movimiento le prendió fuego a su cigarrillo mientras se apartaba.

—En el momento que entraste por la puerta. Miento, ya antes, cuando me diste la gratísima sorpresa de llamar, tras cinco meses de negarme la maravilla de tu voz.

Ella suspiró, fumó y fue a sentarse en el inmenso diván persa, cruzando unas piernas de esas que no dejan dormir a los puritanos en sus hoscos lechos.

—Sabía que lo sospechabas ya —dijo tranquila—. Lo supe en cuanto me enteré de que habías detenido al pobre Frankie Vinson. Ha sido tu jugada para forzarme a dar la cara ¿verdad?

El asintió mientras encendía otro cigarrillo.

—Estaba ciegamente ansioso de ti.

—Supongo que usaste con él de tus poderes parapsicológicos, ¿no es verdad?

—Ajá. Y cuando descubrí que alguien le había borrado mediante hipnotismo previo la memoria de todo aquello que podía serme más interesante pensé inmediatamente en la única persona capaz de sugerir tal previsión, la única que tiene una absoluta fe en mis poderes...

—Y en tu absoluto desprecio por todos los métodos legales de investigación. Bien, ¿me vas a detener?

—¿Yo, a ti? Qué idea... ¿Puede alguien encadenar sus sueños mejores?

—Terry, soy una delincuente. He cobrado dinero por simular secuestros y he participado en asaltos en descampado a muy honorables ciudadanas de este país, siendo como soy una extranjera.

—Bárbara, si yo no fuera un inspector federal habría participado con sumo placer en esas aventuras vuestras... caso de que me hubierais invitado, naturalmente. Después de conocer a varias de esas honorabilísimas damas a que te refieres, considero justo y muy moral el que las hayáis despojado de su mal obtenido dinero para devolvérselo a sus legítimos dueños, quienes dejaron su salud, sus ilusiones y su vida para proporcionárselo. Amén. ¿Qué tomas?

—Siempre lo que tú, pero un poquito menos.

—Eres encantadora como Circe. Me dejas la ilusión, la vanidad...

—¿Y qué sois vosotros, sino vanidad con pelos en la cara? No, amor mío, te sé ya lo suficiente vanidoso y engreído de tu magnífica entidad humana para contribuir más a tan inmenso inciensamiento. Es que te amo con toda mi alma y me complace empequeñecerme ante ti.

—Masoquismo femenino. Ya lo dijo Freud.

—Pobre señor, déjalo tranquilo. ¿Qué vas a hacer, por donde comenzará tu interrogatorio?

—Por ningún lado. De ti tan sólo me interesan tú misma y todo cuanto te atañe. ¿Suficiente?

—Conoces muy bien mis medidas.

—Como tú las mías. Por nuestro inmarcescible amor.

—Porque llegue a convertirse en lo que debe ser para que de veras sea perfecto.

—Demoledor. «Peccatum meum...». ¿Eres tú el cerebro de la banda?

—Sólo soy una despechada y furiosa mujer que no resiste la odiosa indiferencia del hombre al que ama.

—¿Y dónde está esa odiosa indiferencia de que hablas?

—Mira mis manos.

—Maravillosas.

—Y desnudas. Sólo cuesta diez dólares hacerme feliz. ¿No es una inmensa crueldad sin paliativos?

—Sin ningún paliativo. Pero dime, ¿sólo diez dólares?

—Y un pedazo de papel impreso con ciertas fórmulas rutinarias donde vayan estampadas unas cuantas firmas. Una cosa de lo más sencilla. ¿Te decides? Tengo listos los testigos y el juez.

—No me tientes, que soy de carne pecadora.

—Pues peca de una vez, ladrón. Llevamos siete años con este abominable juego.

—¿Abominable?

Ella rompió a reír. Su risa era como en ella, fascinante. Luego hizo un mohín.

—No has cambiado. Pero yo terminaré vencéndote, verás.

—Eso me temo. ¿Por qué habéis planeado todo este enredo, por altruismo quijotesco, para desafiarme... o solamente como

diversión?

—Al treinta y tres por ciento. ¿Disgustado?

—Soy razonable. Y admito que os salisteis con la vuestra. Pero se terminó. Me han dado un ultimátum.

—¿Qué clase de ultimátum?

—Apuesto a que lo sabes.

—¿Te echan?

—Si antes de cinco días no atrapo a los demás componentes de la banda y presento pruebas concretas de sus hazañas, así como averiguo la situación presente de los secuestrados, sí, me dimiten.

Ella volvió a sonreír, apagó el cigarrillo contra un precioso cenicero oriental y se puso en pie, alisándose la breve falda.

—Tú no quieres que te echen, ¿verdad?

—Sabes cómo me gusta mi tarea actual.

—¿Y piensas seguir por mucho tiempo cazando delincuentes?

—¡Hum!

Se volvió a mirarlo. Había un centelleo desafiante en sus pupilas.

—Te tengo atrapado, Terry, admítelo. Te pasaste de la raya con el padre de Vinson, el senador y sus abogados. Pero además, no tienes, ni puedes conseguir en cinco días, esas pruebas que te han exigido.

—Eso es mucho afirmar, ¿no te parece?

—Ignoras quién está dirigiendo la operación. Yo lo sé, pero a mí no me lo vas a sonsacar, ni tampoco te atreverás a utilizar tus métodos heterodoxos conmigo...

—Si me quedo mirando tus ojos con fijeza, el hipnotizado seré yo.

—Magnífico. Terry, no vas a detenerme, no me denunciarás. Y nada has conseguido realmente con Vinson, no podrás mezclarlo, sino en el secuestro de Hughes porque realmente no tomó parte en ningún otro. Nosotros escogemos a distintos ejecutantes para cada caso, ¿comprendes? Ellos no se conocen entre sí.

—Lo suponía. Pero no a todos los cambiáis...

—Qué penetración tienes... No a todos no. Sólo que fuiste a seguir precisamente al único que sólo había tomado parte por primera vez en uno de nuestros secuestros.

—¿Cuántos secuestros?

—Diecinueve, con el de Hughes.

—¿Las víctimas?

—Disfrutando tranquilamente de la vida donde no vas a poderlas encontrar. Caso de que te atrevas a destruir su presente felicidad.

—No me complace tal perspectiva. ¿Te das cuenta de que cometes traición contra los sacratísimos intereses de tu sexo?

—No me considero ligada en ningún aspecto a esas arpías.

—¿Cuánto percibes por vuestros servicios?

—El diez por ciento. Es razonable.

—Muy razonable. ¿Cómo se distribuye?

—Se amortizan los gastos y el sobrante va a donativos anónimos para instituciones privadas que realizan una comprobada buena labor en beneficio de niños sin padres conocidos.

—Desarmante. ¿Qué se puede hacer con los quijotes y los bandidos generosos? ¿Habéis pensado en lo que puede suceder si cualquier día uno de vuestros clientes llega a sufrir un accidente, algo imprevisto y se os muere en las manos? Seríais irremediabilmente acusados de homicidio en primer grado. Y eso significa la cámara de gas, o la silla eléctrica, o la horca, según los Estados.

—Toda buena acción tiene sus riesgos. Hubiera sido indigno de mí y de ti, tratar de atraparte con una pequeñez.

—Dios me ampare, por quererte tanto... ¿No me dirás quién es tu cómplice?

—¿Dejarás el servicio dentro de un tiempo prudencial y te casarás conmigo?

—Eso es chantaje.

—Seguro. Soy una delincuente, no lo olvides.

—Y muy peligrosa. Puedo encontrarlo y desenmascararlo sin tu ayuda.

—Adelante. Tienes cuatro días y medio para conseguirlo. Luego tendrás que dimitir.

—¿Sabes qué ocurrirá si me veo trozado a hacerlo?

—¿Por qué piensas que estoy aquí? Admite que te acorralé, acepta mis condiciones y te apuntarás un nuevo triunfo, podrás continuar siendo el genio investigador de los federales...

—¿Durante cuánto tiempo?

—Lo he meditado mucho. Dos años. Quiero casarme antes de cumplir los treinta y disfrutar plenamente de todas las delicias del matrimonio, incluso la de tener media docena de hijos.

—«¡Vade, retro!». ¿Te has vuelto loca?

—Te gustan los niños.

—Sí, pero... no míos.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Tienes por ahí alguno sin que yo lo sepa? ¿Con alguna negra, amarillenta, mestiza, mulata...? Te saco los ojos, Terry Telford.

—Tranquilízate. Sabes como aborrezco a todas las mujeres.

—Sí, ya lo sé. Y otras cosas que me gustan mucho menos. Tienes un modo muy especial de aborrecerlas.

—Mi aborrecimiento es instintivo y de orden moral, intelectual.

—De mí no te escapas, deja ya los trucos. Elige.

—Pero ¿es que me has dejado elección?

Ella avanzó dos pasos con expresión triunfal.

—¿Te rindes, entonces?

—Trato de pactar. Escucha, treinta y tres es un número perfecto...

—No para mí. Las mujeres nos plantamos en los treinta.

—Dices que tienes veinticinco. Te lo creerán todos.

—No. Dos años más en el Servicio, luego quiero seis hijos y un marido que me compense por todo lo que me habrá costado atraparlo.

—Odioso. ¿No lo adviertes? Te comportas como esas abominables mujeres...

Entonces ella volvió a echarle los brazos al cuello.

—Ya me hartaron tus fintas, trampas, esquivas y subterfugios, Terry Telford —dijo muy suavemente—. Y te puse en jaque mate. Se acabó.

Entonces lo besó en la boca. Y el inspector-jefe Terry Telford se olvidó de todo al instante, incluso de su añeja misoginia.

Capítulo X

—¿**Q**UE se va usted a Europa? ¿A qué?

—Me han concedido cinco días para solucionar este asunto o dimitir. Me quedan cuatro y voy a aprovecharlos.

—¿Tiene alguna pista concreta? No olvide que soy su inmediato superior y que para autorizar ese viaje, los gastos...

—No se preocupe por los gastos, corren de mi cuenta. Así no tendré que especificar por donde anduve. Y sí, tengo una pista, pero permítame reservármela hasta el lunes próximo. Lo que importa es la solución... o mi dimisión.

Le concedieron el permiso. Sabían que no iba a caerles aquella breva, que Terry Telford una vez más se saldría con la suya. Lo que no sospechaban era que la visita de la muy encantadora señorita Bárbara Brainard hubiera tenido nada que ver ni con el viaje ni con el asunto. Todo el mundo sabía quién era ella, sobrina de un embajador, hija de un financiero ennoblecido y de una rancia aristócrata, poseedora de una sólida fortuna personal y novia informalísima del inspector-jefe desde hacía mucho tiempo. No, de ella nadie sospechó...

Ni la relacionaron con nada.

Aunque a ninguno de los jefes les complacía.

Ni tampoco les pareció extraño que realizaran juntos el viaje en el mismo avión. De Terry Telford todo podía esperarse y se estaba pagando sus gastos...

—Es una mala vergüenza. Lo que haces no tiene nombre, Bárbara.

—Para mí, sí. Estoy consiguiéndome el marido que deseo.

—Mediante toda una cadena de delitos punibles.

—Pobrecito mío. ¿Por qué no me detienes y me denuncias?

—Porque no puedo. Pero no cantes victoria todavía, hallaré un medio de demorar nuestro matrimonio.

—Procura que yo no lo encuentre de anticiparlo.

Él respingó.

—¡Demonios! ¿Serías capaz?

—Nos conocemos muy bien las mujeres. ¿De qué nos crees capaces para conseguir una cosa que nos interesa sobre todas las demás?

El tragó saliva, hizo una mueca y gruñó:

—Prefiero no herir tus oídos con la crudeza de mi respuesta. ¿Por qué no tendré ya sesenta años?

—Cuando los tengas te querré igual. Pero para entonces ya nuestros seis hijos serán unos adolescentes muy hermosos.

—¿Quieres dejar en paz a nuestros hijos?

—Pobrecillos. ¿Ya te enfadan antes de nacer?

Él sabía que la única persona del mundo contra quien hallábase indefenso era precisamente Bárbara Brainard. Era algo tan cierto como la llegada de la muerte. Así que habló de otra cosa mientras el «Jumbo Jett», con su carga de millonarios, estadistas, negociantes, granujas de muy altos vuelos y demás gentes que podían pagarse un viaje en aquel mastodonte de los aires, atravesaba el turbulento Atlántico Norte a muchos miles de metros de altura y muchos cientos de kilómetros hora de velocidad.

En Londres, ellos dos tomaron un avión más pequeño y mucho menos notorio, que iba a uno de los soleado países ribereños del Mediterráneo. Uno en el cual no había convenios de extradición con Estados Unidos.

La población era pequeña, blanca y apiñada, de calles tortuosas, estrechas y pinas entre casas asimétricas con terrazas, rejas en las ventanas —pocas ventanas exteriores— y puertas viejas que no encajaban demasiado bien. El mar, luminoso y de un intenso azul, apenas si se movía allí delante y las barcas pescadoras semejaban gaviotas. Los olivos y los viñedos formaban lo más del paisaje de tierras cultivadas. La carretera era infame, las colinas costeras áridas y duras.

La fonda local era pequeña y la atendía una buena moza bigotuda de prietas y rotundas formas, vestida con una curiosa mezcla de modernismo y tradición, despechugada, arriscada y

madre de tres rapaces vivos como el azogue, simpáticos granujillas el menor de los cuales apenas si alzaba tres palmos del suelo y en un país más civilizado aún andaría por la «nursery» con sus primeros balbuceos. El marido era bajo, fornido, atezado, indolente y buen bebedor. Tanto él como ella congeniaron de golpe y porrazo con el inspector Telford, a pesar del atildado aspecto de éste. Ni qué decir tiene con Bárbara.

—¿Así que no son marido y mujer?

—Él no quiere, pero confío en convencerlo pronto.

—¿Que él no quiere? Usted se burla de nosotros, señorita.

—No se burla, pero tampoco les cuenta la exacta verdad. Yo estoy loco por ella, pero detesto al matrimonio, me parece una abominación.

—Hombre...

—Conque una abominación, ¿eh? Ustedes los hombres son iguales en todas partes. A éste mío tuve que llevarlo casi a la fuerza a cumplir con sus promesas. ¿Y todo, para qué? Ahí le tienen, engordando, trabajando lo menos que puede y dándose la gran vida, mientras que yo me aperreo desde la mañana hasta la noche para sacar el negocio adelante, atender a los hijos...

—No le haga caso, siempre está quejándose... Yo trabajo lo mío, pero el hombre, es el hombre...

—El hombre es el hombre y la mujer la mujer. Aquí aún están las cosas en su sitio y por eso éste es un pueblo sabio —sentenció Telford mientras él y su compañera descendían hacia la playa, blanco de moderada curiosidad femenina e infantil—. Aquí el matrimonio es otra cosa.

—¿Quieres decir que te casarías aquí sin rechistar?

—Deja de arrimar el ascua a tu molino. Quiero decir lo que quiero decir y no otra cosa. ¿Dónde está Hughes? Ah, ya me parece que lo veo. Supongo que le habréis avisado mi llegada.

—A ti no se te escapa nada. Ni él.

Haycock Hughes era un hombre grande, graso, semicalvo, que ya había tomado mucho sol mediterráneo y parecía estar aclimatándose muy aprisa. Vestía una especie de blusón flojo y suelto, desabrochado en su parte superior, y unos pantalones de marinero sucios y arrugados, calzando unas cómodas y vulgarísimas sandalias, se tocaba con un sombrero barato, de los comúnmente

usados por un vagabundo, habida cuenta de su ya amplia barba gris. Se mostró bastante nervioso e inquieto hasta que el inspector Telford lo tranquilizó.

—No puedo llevármelo a los Estados Unidos, no existe ninguna orden contra usted y tampoco hay convenio de extradición con este país, como debe saberlo muy bien.

—No es eso lo que me preocupa, sino el que le cuente a mi mujer que vivo y donde estoy.

—Bueno, lo primero tal vez haya que hacerlo, pero lo segundo tiene mi palabra de honor de que no se lo contaré.

—Usted es un agente federal...

—Y también soy un hombre, un hombre civilizado. ¿Qué le parece si me cuenta su versión de la historia mientras nos tomamos un par de cervezas?

—Espléndido. Yo lo aprovecharé para ponerme el bañador y darme un chapuzón —manifestó Bárbara con todo descaro.

Había un sombrero de cañas secas delante de una pequeña taberna sita al hilo de la amplia y nada frecuentada playa. Bajo el sombrero tres mesas o cuatro, pequeñas, destartadas y manchadas de vino. Las sillas eran de enea y no menos desvencijadas. Había moscas, chiquillos curiosos y sucios... y sin embargo, allí se estaba pero que muy bien. Llegó el tabernero, meneó la cabeza a la petición de las cervezas y manifestó cachazudamente que aún estaban calientes, porque acababa de meterlas en el hielo. Luego mencionó un vino de la tierra.

—Se lo recomiendo de veras, inspector. Es excelente para abrir el apetito, con unas aceitunas machacadas. ¿Comió alguna vez aceitunas machacadas y maceradas después en vinagre, sal y yerbas montunas? Yo jamás hasta que vine aquí. Pero lo había leído en una novela hace muchos años...

Telford había comido cosas peores que unas aceitunas machacadas y aliñadas al modo campero. También sabía apreciar las excelencias de un buen vino cuya vulgaridad estaba únicamente en la sencillez anónima de su origen. Pidió un buen plato de aquellas aceitunas y una jarra de aquel vino. Luego se pusieron él y Hughes a dar cuenta del uno y las otras mano a mano.

—Usted no sabe lo que es estar casado con una mujer de nuestro país inspector. Y no le deseo que lo sepa. A su salud...

—A la suya. Conozco a su esposa, ya la traté.

—¿Y cuál es su opinión? Con absoluta sinceridad.

—Con absoluta sinceridad, me resultó nauseabunda. Magnífico sabor el de estas aceitunas.

—Son sencillas, honestas y sabrosas, no se venden con publicidad ni engañan a nadie. Nauseabunda... Hombre, es un interesante adjetivo para señalar lo que fue mi vida desde que me casé con Florrie. Nauseabunda...

Hughes se atizó otro trago de tinto, chasqueó la lengua y sacó tabaco. Parecía un hombre tranquilo y amable.

—Inspector, míreme bien. Parezco un vagabundo, ¿verdad? ¿Cuántos años se me echarían cincuenta, cincuenta y cinco? Bueno, pues tengo cuarenta y siete, ni uno más. Hasta hace unas semanas yo era uno de esos tipos vestidos de gris, eternamente atafagados, que comen en cualquier parte cualquier cosa de cualquier manera y se pasan media vida hablando por un teléfono, hablando por un dictáfono, hablando con otros, repasando escritos, dictando cartas, cotejando fichas... para pasarse la otra media dentro de un automóvil, aguantando a las amistades de su mujer, las peroratas de su mujer, los malos humores de su mujer, las teclas desajustadas de su mujer, acompañando a su mujer, esperando a su mujer, lavando la vajilla sucia, que dejó en el fregadero su mujer, haciendo el amor de acuerdo con las reglas, horarios, técnicas y gustos de su mujer... Y así un año, y otro, y otro, hasta nueve, y ocho meses, dos semanas cuatro días.

—Eso es el matrimonio.

—Exacto, eso es el matrimonio. Y no me quejaría si el matrimonio fuera sólo eso. Pero es que además, inspector, durante todos esos años he ido sintiendo, cada vez con más fuerza y desde el primer día, la sensación de haberme metido en una trampa de la que jamás podría salir, de estar convirtiéndome en un esclavo, una cosa, una máquina, un mueble... y también de que me estaban exprimiendo como a un limón, sacando el jugo vital poco a poco... Le aseguro que es algo muy desagradable.

—No tiene que asegurármelo. Soy enemigo acérrimo del matrimonio tal y como está estatuido en nuestro país.

—Me alegro de saberlo, eso hará que pueda comprenderme mejor. Como le digo, durante nueve años, ocho meses, dos semanas

y cuatro días he sido un esposo absolutamente normal, vulgar, no me salí ni tanto así de los reglamentos y costumbres usuales en nuestro país. Al principio resultaba soportable, pero poco a poco fue convirtiéndose en insufrible. No era nada que pueda indicar concretamente, nada de suficiente entidad y volumen... De hecho, la conducta de Florrie no se diferenciaba apenas en nada, al menos de acuerdo con mi propia experiencia y las confidencias de muchos amigos, de la seguida por cualesquiera otras esposas de nuestro medio ambiente social. Y eso es lo monstruoso, ¿comprende?

—Ujúm... Continúe.

—Mire usted. Siempre he sido apacible, respetuoso con las leyes, razonablemente trabajador... Fui a la guerra, aguanté lo mío y nunca me vanaglorié porque en realidad de muy poco podía vanagloriarme. Mi madre falleció cuando yo tenía ya treinta y siete años cumplidos, hasta entonces no sentí la menor necesidad de casarme... Tenía un buen empleo, ganaba lo suficiente para vivir con decoro, podía ahorrar unos dólares, estaba bien atendido y nunca sentí con excesiva violencia la necesidad de una mujer, ya usted me entiende... No diré que fuese un hombre feliz, pero tampoco era desgraciado.

Saboreó una aceituna, le metió mano al vino y continuó:

Capítulo XI

LA mayor desgracia de un hombre es que se le muera la madre, pero ahora yo pienso, lo he pensado mucho, si la madre de uno no habrá sido el verdugo de otro hombre en su día... Resulta desagradable ¿verdad?

—Como todas las cosas que pueden ser ciertas.

—Sí... Cuando murió la mía quedé como suspendido en el vacío. Soy fundamentalmente tímido, créame. Un poco comodón y egoísta también, pero fácil de manejar... Durante unas semanas viví como atontado. Las mujeres me asustaban lo suyo, había recibido confidencias de amigos casados, conocía relatos de divorcios... Sin embargo, me daba cuenta de que pronto o tarde debería casarme. Y entonces, un mal día, tropecé con Florrie...

Hizo una mueca y bebió. Era sensata su actitud, el vino era muy bueno.

—Florrie no es... no era, guapa, pero sí muy atractiva y apetitosa, sabía cómo realzar sus atractivos y hacérselos notar a un hombre. Tenía experiencia, naturalmente, estuvo casada varios años y se había divorciado, sacándole un buen pellizco a su anterior esclavo. Sin duda descubrió pronto en mí madera de eso, de esclavo, y se lanzó de inmediato al ataque. Usted ya sabe, sonrisas, mimos, carantoñas, facilidades... Me engatusó y la pedí en matrimonio. Cuando le dije que tenía unos ahorrillos, la casa y un buen empleo debió imaginarse mucho más de lo que había en realidad. De hecho eran veintidós mil dólares, la casa valía más o menos otro tanto y el empleo era de mil dólares al mes. Ella me insinuó que tenía también algunos bienes, sin especificar. ¿Sabe lo primero que tuve que firmar antes de hacerlo en el certificado matrimonial? Un documento legal especificando que nuestros

bienes personales, en el momento de contraer matrimonio, no entraban en los gananciales, o sea que cada uno de nosotros permanecía en adelante único dueño de lo que tenía entonces. Florrie se había enterado perfectamente de lo que yo tenía y por eso tomó sus medidas, muy astutamente, me puso delante el documento con mimos y carantoñas diciéndome que era para probarme que no me buscaba por mi dinero. ¿Qué le parece? No me buscaba por mi dinero y tenía tres o cuatro veces más que yo.

—A eso se le llama prudencia femenina. En casos similares, ellas alegan después que tomaron sus precauciones para no ser víctimas de un desaprensivo que sólo buscaba su dinero, engañándolas con mucha labia y malas artes.

—Sí, ya lo sé... Pero es nauseabundo... ¿dijo usted nauseabundo, verdad? Nauseabundo... Bueno, firmé, me casé... y comenzó mi esclavitud. Antes de que me diere cabal cuenta me había hecho abandonar mi empleo, en el que me encontraba muy a gusto, para buscar otro más de su agrado, porque según dijo yo debía tener iniciativas, demostrar a todos que era capaz del éxito... Me metió en ese tinglado agobiador de la empresa de construcciones, donde una de sus amigas estaba casada con uno de los directores, me obligó a variar mis hábitos, mis gustos, hasta mi modo de vestir y peinarme, me arrastró a una interminable serie de reuniones sociales, me hizo tratar a infinidad de gentes que no me importaban un pepino y a menudo me eran desagradables...

—Lo estaba «promocionando» al éxito, haciéndole un favor, según su mentalidad.

—Ya lo sé. Pero en realidad me estaba destruyendo, como ser humano y como hombre libre y no fue eso todo. No le gustaba la casa de mi madre, ni nada de lo que en ella había así que me hizo venderla y adquirir otra de sesenta y ocho mil dólares. Tuve que tomar una hipoteca, porque no me dio un dólar de su dinero. Me hizo cambiar cada año de modelo de automóvil, a cada dos por tres estaba redecorando la casa, o cambiando muebles... Luego, lo fines de semana, era necesario dar fiestas, o ir a fiestas siempre azacaneados... Y las vacaciones debíamos pasarla en lugares lejanos, en lujosos hoteles... Todo eso costaba dinero y para costearlo yo debí trabajar más y más... sin ver nunca claro ni en nuestra cuenta corriente una suma decente. Porque ésa era otra,

inspector...

Llamó al tabernero porque se habían terminado la aceitunas y el vino. Luego prosiguió:

—Cuando me desperté mi antigua cuenta bancaria se había convertido en «nuestra cuenta bancaria» porque, galante y estúpido, la modifiqué de forma que ella también pudiera extraer fondos de la misma en caso necesario. La casa nueva, adquirida con el dinero de la venta de mi casa anterior y el de mis ahorros, era «nuestra casa» y lo mismo sucedía con el automóvil, los muebles... todo. Cuánto ahora yo poseía, eran bienes gananciales. Mías eran únicamente las deudas. Ella, en cambio, no sólo conservaba su capital anterior, sino que había ido aumentándolo progresivamente por medio de inversiones y manipulaciones en las que nunca me concedió el derecho a intervenir. Además, era la beneficiaria de mi seguro de vida por cincuenta mil dólares. Claro que también yo lo era del suyo por la misma suma, pero la diferencia consistía en que soy más viejo, me estaba matando a trabajar mientras ella no daba golpe, y un pequeño detalle en el que nadie parecía reparar, era yo quien con mi trabajo pagaba las cuotas de ambas pólizas. En resumidas cuentas descubrí que era el esclavo de mi mujer, que no tenía un dólar mío, exclusivamente mío, y que las perspectivas para mí no podían ser más negras.

Llenó ambos vasos con la segunda jarra y se alegró la boca con las aceitunas, y el vino. Telford le dejaba explayarse a sus anchas.

—Comencé a pensar en el divorcio. Consulté con mi abogado y lo que me dijo me desalentó. Florrie no me daba ni uno solo de los motivos usuales para una demanda de divorcio y si yo exponía los míos, iba a verme atacado ferozmente por la Liga de Mujeres Propietarias de Un Marido, poderosísima asociación no inscrita en ningún registro pero que tampoco lo necesitaba. Ningún juez se atrevería a darme públicamente la razón por temor a perder su puesto en las primeras elecciones y lo mismo sucedería con los políticos. Él mismo, mi abogado, tendría que vérselas con su esposa. Sería algo así cómo tratar de levantar uno sólo la Gran Pirámide y echarla al Mediterráneo, ¿comprende?

—Muy bien.

—Todas las leyes del Estado y el país, en cambio, serían esgrimidas por los abogados de mi mujer contra mí. Sería acusado

de dinamitero social y cosas aún peores, se esgrimiría en juicio la pretendida cadena de beneficios de orden moral y social que Florrie había volcado sobre mi ternura, amor, compañía, alzar mi crédito social conseguirme un trabajo mejor pagado y considerado, compartir mi lecho... ya conoce los tópicos. Perdería irremediablemente el pleito y como resultado debería seguir esclavizado a ella durante todo el resto de mi vida pasándole una sustanciosa pensión de desagravio para poder verme libre de ella.

—Y entonces fue cuando comenzó a pensar en desvanecerse...

—Pensé infinidad de cosas, inspector. Pero no soy un brillante pensador y mucho menos un hombre de acción. Me sentía como el condenado a cadena perpetua que no tiene coraje para saltar los muros de su prisión y recuperar su libertad a cualquier precio. Comencé a hundirme por dentro, sentíame intensamente desalentado, enfermo de impotencia... y entonces apareció la señorita Brainard.

—¿Ella?

—Sí. Fue como si llegara el Ángel del Paraíso. Al principio de veras, me resultó demasiado esplendoroso todo, desde ella a lo que me ofrecía, para que fuese realidad me sentí víctima de una broma cruel o de una pesadilla. Pero por lo visto, y como me dijo, habían estudiado muy a fondo mi caso. Podían conseguirme la libertad absoluta sin demoras ni complicaciones, ni verdadero gasto por mi parte. Así de hermoso, yo quedaría totalmente dueño de mis días y mis noches, de hacer lo que me viniera en gana, de vivir donde me placiera... con el dinero de mi mujer.

»Fue muy grande la tentación. Primero me negué a tomar en cuenta sus palabras, luego las rumié durante días, semanas... Cuando volvíamos a encontrarnos, siempre “casualmente” me hacía ver que yo nada tenía que perder y sí podía ganar la libertad y la felicidad. Vino acompañada por un caballero cuyo nombre no recuerdo y cuyo rostro se me ha borrado, por lo cual no puedo darle sobre él ningún dato y ambos me expusieron el plan de acción. Ya dije que no soy muy inteligente; pero no hacía falta serlo para darse cuenta de que aquel plan era maestro y por fuerza debía resultar. Me contaron de otros en mi situación a quienes habían ayudado de igual modo y me dijeron también por qué lo hacían. Yo sólo tenía que darles mi consentimiento, decirles dónde me gustaría ir, desde

luego fuera de los Estados a terminar mi vida en paz y que nombre me agradaría poseer. Lo demás corría por su cuenta.

Volvió a darle un tiento al tinto. Telford también. En la playa Bárbara estaba divirtiéndose ya con el agua azul y la atención de los marineros.

—Acepté, inspector. Les di todos los datos que me pedían y aguardé sus instrucciones. El día y la hora concertados, estaban esperándome en determinado lugar del trayecto que usualmente solía seguir desde mi cárcel hogareña a mi celda de castigo en la empresa constructora. Paré mi coche en un callejón a aquella hora solitaria, salí del mismo y me introduje en una camioneta de repartos. Dentro de ella cambié mis ropas y me maquillaron, poniéndome una peluca. Media hora después subí a un avión de líneas interiores en compañía de la encantadora señorita Brainard, también ligeramente disfrazada. Fuimos a una ciudad lejana y me alojaron en una finca privada donde me hizo compañía un muchacho de lo más simpático, con quien discutí a fondo acerca de este lugar, precisamente. Toda mi vida yo había deseado vivir una verdadera aventura y ya estaba viviéndola...

»La señorita Brainard y el caballero cuyo nombre no le mencionaré vinieron dos días después. Traían los cien mil dólares que le habían sacado a mi mujer y me contaron cómo pudieron hacerlo. Créame, nunca hasta entonces había gozado tanto con una historia. Luego me marché de allí en compañía de la señorita Brainard y siempre disfrazado. Me habían conseguido un pasaporte al nombre que ahora uso y que saqué de una novela de aventuras, no tuve ninguna dificultad para abandonar el país. En el Canadá tomamos un avión directo a Londres. En Londres hicieron desaparecer los restos de Haycock Hughes y me entregaron la documentación probatoria de que ochenta y cinco mil dólares estaban a mi nombre, mi nuevo nombre, en determinado banco suizo. Ellos se quedaban con diez mil, los restantes pagaron mis viajes en avión y el remanente venía en mis bolsillos en moneda del nuestro y de este país. Vinimos aquí y recorrimos las costas hasta que dimos con este olvidado, tranquilo y hermoso rincón de la tierra. Me gustó, era lo que yo había soñado. La señorita Brainard me sirvió de intérprete, me puso en contacto con las autoridades locales, me consiguió el alojamiento y me dejó, finalmente, tal y

como me había prometido, completamente dueño de mi persona y de mi tiempo, libre al fin...

Se estaba acabando también la segunda jarra de tinto del país. Las mejillas de Hughes se habían sonrosado y le chispeaban los ojos, pero estaba muy lejos de hallarse borracho.

—Ésa es mi historia, inspector. Míreme, ¿tengo aspecto de ser un delincuente, un malvado?

—Desde luego que no. Diría que es un hombre feliz. ¿Le durará?

—Seguro. Llevo unas pocas semanas aquí y ya me conoce todo el mundo. Soy un americano algo chiflado, como todos los americanos... Pago un vaso de vino a cualquiera y no se figura la cantidad de buenos amigos que aquí pueden hacerse con un vaso de vino que cuesta cinco centavos de dólar. ¿Qué puede usted adquirir en los Estados con cinco centavos, inspector?

—Nada de nada.

—Aquí, mucho. Voy con los pescadores al mar, les ayudo y gozo plenamente en su ruda y sincera compañía. Echo una mano a los campesinos y luego me siento a compartir su comida bajo la sombra de un olivo, lleno de un cansancio sano y áspero que desconocía. A menudo se me invita a cenar en una casa de increíble pobreza material, pero rica en bienes espirituales, donde un pedazo de pan, una sardina y un puñado de aceitunas saben a manjares en mi boca porque me siento un ser humano entre seres humanos. Juego interminables partidas de naipes, dominó y damas con viejos sentenciosos y les escucho cosas que creí no existían. A veces digo una galantería a una mujer y ellas me sonrén. Los niños me rodean como a un viejo amigo porque mis bolsillos siempre están llenos de caramelos. Mis días y mis noches están llenos de sentido ahora, inspector, al fin sé lo que significa ser feliz.

—Le creo.

—Me alegra que lo diga. No exagero ni miento. Hay un hombre aquí que estuvo trabajando en Inglaterra y domina bastante bien nuestro idioma, me enseña el suyo a marchas forzadas por un módico estipendio. Nadie aquí me considera rico, he hecho correr la especie de que me jubilé de mi trabajo por causa de una angina de pecho y estoy viviendo un poco de prestado, con mi pensión. Naturalmente la diferencia de niveles de vida les explica el que la pensión de un modesto burócrata de nuestro país de para tanto en

el suyo. Las mismas autoridades son mis amigas. Y no es que aquí todos sean buena gente, ni tengan el corazón de oro, ni les falten disgustos, complicaciones y todo eso, no; es sencillamente que son otras gentes, que es otra vida. La clase de vida que deseo vivir, la clase de gente que deseo tratar. Nadie me hace preguntas indiscretas, nadie se mete conmigo, con mis gustos y manías; pero son amables, cordiales, alegres. Y sobre todo, ayudan al prójimo, le hacen notar que no está solo.

—Así que ahora halló el paraíso...

—Así es. Y no me considero culpable de nada. Sé que en nuestro país es un delito el simular un secuestro y que, legalmente, soy culpable de haberle sacado cien mil dólares a mi mujer por medios fraudulentos. Pero moralmente, inspector, ¿dónde está mi culpa? Ella sigue teniendo el dinero que tenía cuando nos casamos. Yo tenía entonces veintidós mil dólares y una casa que al venderla me valió diecinueve mil ochocientos. Trabajé como un esclavo para ella durante nueve largos años y he pagado treinta y dos mil dólares de pólizas y plazos de unos seguros de vida que no necesitaba y nunca cobraré. A mi entender, cien mil es una compensación justa por todo lo que he perdido en mi matrimonio. No pienso regresar a los Estados y no me importa un pepino lo que sea de Florrie, lo que piense o haga, ella ha muerto definitivamente para mí. Soy libre, inspector. Y en nuestro país, sus fundadores dejaron sentado claramente el derecho del hombre a escoger el punto de la Tierra donde vivir en paz, con libertad...

Capítulo XII

TERRY Telford visitó a otros tres hombres de edad mediana tirando a madurar en tres puntos alejados entre sí, pero por igual hermosos y apacibles, aislados de la trepidante civilización occidental y sus múltiples, nunca bien ponderados beneficios. Naturalmente, en todas tres visitas iba acompañado por Bárbara Brainard.

Luego ellos se retornaron en avión a los Estados Unidos. Perdón, no. Antes hicieron una última visita.

Esta vez el lugar era ciertamente espléndido y, además, se encontraba del todo aislado de la civilización por un trozo de tierra salvaje de propiedad particular. Allí no llegaban tufos de automóviles, tufos de fábricas, tufos de promiscuidad. No había más ruidos que los del mar, la tierra y el viento.

La casa no era muy grande, tampoco pequeña. Exactamente dos plantas y catorce habitaciones de diseño totalmente informal. Un hombre y dos mujeres se encargaban de mantenerla limpia, otro hombre de impedir que ningún curioso o desaprensivo violara la propiedad privada; a éste le ayudaban en su tarea dos perros daneses de impresionante estampa. Los dos hombres estaban casados con las dos mujeres. Ellos eran hermanos, ellas también, procedían de un lugar muy alejado de aquel mismo país y prácticamente no mantenían relaciones con la vecindad. Bueno, la vecindad era un pueblo a ocho kilómetros de distancia por una carretera de tercer orden.

El anfitrión de Terry Telford tenía cincuenta y dos años, no aparentaba más de cuarenta y era un perfecto «*gentleman*». Para Telford fue una sorpresa no demasiado grande.

—Debí imaginarme que era usted.

—Es un elogio a mis capacidades que me enorgullece, querido Telford. Bien, pasemos a la terraza, ya nos preparamos un pequeño refrigerio.

La terraza era amplia, con balaustrada y escaleras rudas hundidas en el impresionante roquedo que caía casi a plomo sobre el mar, el cual batía incesantemente sus aguas de maravillosas tonalidades treinta y pico metros más abajo. Por allí revolaban las golondrinas de mar y las gaviotas, veíase a menudo pasar barcos camino de lejanos puertos. También distinguíanse, a uno y otro lado, algunos kilómetros de costa brava. Un lugar inmejorable para relajarse de todas las tensiones...

—¿A quién de los dos se le ocurrió la idea?

—A mí, y me la dio usted.

—Yo me limité a acogerla con el máximo entusiasmo.

—De modo que fui yo...

—¿Recuerda la charla que aquí mismo sostuvimos hace unos tres años?

—Hemos tenido muchas y siempre fueron gratas, se trató de todo lo divino y humano.

—Desde luego. Pero usted sabe a lo que me refiero. Nos habíamos juntado dos acérrimos enemigos del matrimonio, usted que permanecía soltero, a pesar de estar enamorado de la muchacha más encantadora del mundo...

—Gracias, *sir* Percy.

—Soy simplemente justo. Como decía Telford, usted, que permanecía soltero heroicamente, con numantina resistencia, y yo, que había tenido que sufrir durante once años la abominable tiranía de una de esas mujeres cuasi perfectas que son, por paradoja, las más eficaces propagandistas de la misoginia, pero que gracias a Dios y al error de unos médicos veíame libre de mi cautiverio y, desde luego, acorazado contra cualquier tentación de reincidencia. Fue aquélla una memorable conversación...

—A la que siempre he lamentado no haber asistido.

—Creo recordar que habías pescado un buen resfriado y decidiste no hacerte visible aquella noche por razones de prestigio.

—Porque me lloraban los ojos de un modo odioso y se me había puesto la nariz como un pimiento. Estoy emparedada entre dos feroces antifeministas y no deseo recibir cuartel.

—Si todas las mujeres fuesen como tú, no habría antifeministas en el mundo, Bárbara.

—¡Hum! Habrá que oíros a mis espaldas dentro de veinte años.

—Te adoraremos como ahora mismo. ¿No es así, *sir* Percy?

—Usted la adorará. Yo seguiré admirándola, porque ella es única en muchos sentidos.

—Basta de enjabonamiento, señores. Ahora afilen las navajas y aféitenme el pescuezo. Soy veleidosa, frívola, caprichosa, insufriblemente dueña de mis nervios, testaruda, cínica, desaprensiva...

—Adorable. Incluso tus defectos, que son los por ti enunciados y alguno más, en ti resultan exquisitos como las especias en un guiso preparado por mano de maestro. Y ahora permítenos tratar de lo que aquí nos trajo.

—¿Y quién no lo permite? ¿Os he pedido yo que me galanteais?

—No. Galantearte es un acto necesario e instintivo, como el respirar.

—Y sigue él torneo... Lo que buscáis es que me marche para así poder explayaros a vuestras anchas. Pues no lo vais a conseguir. Quiero escucharos, incluso quiero escuchar todas las palabrotas que estáis dispuestos a disparar sobre mis congéneres.

—Sobre un sector de tus congéneres.

—De acuerdo. Adelante, inspector, con sus preguntas. Los dos culpables de simulación de secuestro, atentado a la autoridad, falsificación de pasaportes, fraudes y otras minucias delictivas estamos a su disposición.

—Dios me ampare, contigo... Así que yo le di la idea, *sir* Percy.

—En efecto. Estuvo usted brillante aquella noche en su catilinaria contra determinado tipo de mujeres norteamericanas, abundantísimo por cierto. Lo que dijo entonces me rebulló en la mente durante algún tiempo y poco a poco fue modelando una divertida, apasionante idea... Cuando ya se apoderó de mí le hablé de la misma a nuestra querida Bárbara.

—Y me entusiasmó. ¿Te digo por qué?

—Dímelo.

—Porque era magnífica. Y porque me di cuenta de que iba a permitirme colocarte contra la pared, amor mío.

—Espléndido. Continúe, *sir* Percy.

—Una vez ganada Bárbara a mi causa todo fue muy fácil, como comprenderá. Se redujo a buscar, primero, los ayudantes necesarios y había dónde elegir...

—Los Estados Unidos están llenos de hombres esclavizados por tiránicas e insufribles esposas, de otros hombres que desde que tuvieron uso de razón han podido ver cómo su padre era ni más ni menos que un esclavo de su madre. Sólo había que seleccionar los más idóneos. Y de eso me encargué yo.

—Vaya... Siempre serás desconcertante.

—¿Por qué? ¿Quién puede sospechar de una mujer cuando se trata de una recluta decididamente antifeminista?

—Salió de ella esa idea, en efecto. Primero seleccionamos a un número pequeño y bien escogido de hombres jóvenes, víctimas de una madre tiránica o de un hogar deshecho precisamente por esa tiranía de la esposa sobre el marido. Luego Bárbara comenzó a tantearlos con su característica habilidad...

—Tengo mucha mano izquierda con los hombres, tú ya deberías saberlo. Y ellos, en su mayoría, eran muchachos excelentes, muy faltos de cariño maternal.

—Maternal, ¿eh? ¡Hum!

—¿Dudas de mis palabras?

—Dios me libre. Adelante.

—Bárbara me comunicaba sus opiniones acerca de cada uno de los seleccionados. Si no eran óptimas, le dejábamos estar antes de concretarle nada para que más adelante no pudiera delatarnos. Si eran buenas, entonces yo me entrevistaba con él. Más tarde concretábamos la forma en que mejor nos podía ayudar. Debo decir que todos esos muchachos, pocos en realidad, se mostraron desde un principio fervorosos paladines de nuestra causa.

—La juventud está siempre dispuesta a derramar su sangre por las grandes y hermosas causas.

—Así es. Ya teníamos formado nuestro equipo. Dinero, naturalmente, no nos faltaba. Había que comenzar a operar...

—Seleccionamos con el mismo cuidado a nuestros futuros clientes. Fue un trabajo minucioso y pesado del que se encargó *sir* Percy porque yo no sirvo para eso.

—Lo cierto es que ella me ayudó mucho más de lo que desea

admitir, incluso indicándome a dos o tres. No teníamos prisa...

—Yo sí.

—Sabíamos que la cosa iba para largo, y en realidad, queríamos ayudar a la mayor cantidad posible de víctimas de una esposa tiránica; de modo que trabajamos con pausa y cautela, seleccionando a nuestros futuros clientes. Nos constaba que tardarían en darle a usted uno de nuestros casos y contábamos con eso para perfeccionar nuestra propia técnica mediante las enseñanzas que nos fueran aportando los primeros trabajos, tanto Bárbara como yo no hemos menospreciado en ningún momento su valía, Terry.

—Eso ya lo sé.

—Yo estaba segura de que en cuando husmearas un poco ibas a sospechar de nosotros, se lo dije a *sir* Percy enseguida.

—Pues tardé en sospecharlo. A fuer de sincero, no te conecté con los secuestros hasta que me llamaste el otro día por teléfono y jamás se me ocurrió que *sir* Percy fuera el misterioso cerebro de la desenfadada y heterodoxa banda de secuestradores.

—No te creo. Y él hará bien no creyéndote tampoco. Estás tratando de halagar nuestra vanidad.

—Ya da lo mismo, desde el momento en que nos ha forzado a admitir su jaque mate.

—Bárbara afirma que han secuestrado a diecinueve. ¿Es la cifra cabal?

—No. Han sido veintinueve.

—Condenada embustera...

Ella le sacó la lengua en uno de sus deliciosos mohines de burlón desaffio.

—Nunca has esperado que te hubiera dicho toda la verdad, tu propia pregunta lo demuestra, polizonte.

Telford meneó la cabeza, suspiró y se sirvió más del exquisito «Tokay» de su anfitrión.

—Entonces hay doce casos que no nos han sido denunciados. Tendrá que darme los detalles y probarme que todos ellos están vivos y coleando... dondequiera que están.

—¿Te atreves a insinuar que hemos matado a alguien, Terry Telford?

—Tú eres capaz. *Sir* Percy, no, desde luego. Y yo soy un agente

federal en acción.

—¡Hum!

—Le daré con mucho gusto esos datos más tarde. Habíamos calculado poder secuestrar a tres docenas de individuos antes de que usted consiguiera desenmascaramos. ¿No podrá...?

—De ninguna manera. Ya Bárbara le habrá puesto al corriente de la situación. Mañana a estas horas, debo presentar la solución de este caso o mi dimisión fulminante.

—No he podido con él, es testarudo como una mula vieja. Tengo aún que esperar casi dos años... aunque luego me tomaré cumplida revancha. Se me está ocurriendo una idea...

El inspector Telford miró a su amada con sobresalto.

—Ya tiemblo. ¿Qué idea?

Ella le concedió una sonrisa angelical.

—Que una vez te retires del

F. B. I...

No, ya te lo diré más adelante.

Terry Telford se la quedó mirando fijamente. Sentía un inquietante cosquilleo en la nuca...

Capítulo XIII

TERRY Telford se despidió en New York de Bárbara Brainard.

—Cúmpleme a rajatabla lo que me has prometido o consideraré nulo nuestro pacto.

—Para llevarte delante del juez soy capaz incluso de hacer más que eso, me convertiré, en una dócil esclava de mi amo y señor.

—Eso no serías capaz de hacerlo ni aunque te lo propusieras.

—Ya lo verás cuando estemos casados.

—No me hables de ello. Se me ponen los pelos de punta.

—¿En qué sentido?

—¿Quieres que te detenga por insinuaciones inmorales a un funcionario policial?

—Si te atrevieras a hacerlo te consideraría realmente heroico.

Terry Telford prefirió dejarse de heroísmos. Aquél era su talón de Aquiles y rezaba a toda la corte celestial para que a ningún hampón, o a ninguno de sus innumerables enemigos, se le ocurriera sospecharlo.

Marchó inmediatamente a Washington y llegó a las oficinas centrales del

F. B. I.

cuando faltaban exactamente treinta y cuatro minutos para cumplirse el plazo que le concedieran sus jefes. Anuncióse y esperó otros veinte minutos. Luego le hicieron pasar a la sala de conferencias de los altos mandos del

F. B. I.,

ese «sancta sanctorum» tan temido por toda la delincuencia del país y tan aireado por la literatura del género. Allí estaba reunido el tribunal que debía juzgarle.

—Espero que traiga resultados muy concretos, Telford —fue la

nada tranquilizadora frase de recepción. Tranquilo como si no fuera con él, Telford adelantó hasta la gran mesa y contestó:

—Espero que consideren lo bastante concretos mis resultados.

Los hombres allí reunidos contemplaron ceñudos los cuatro rollos de cinta magnetofónica, ciertamente pequeños, que colocó sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

—Declaraciones tomadas en directo a cuatro de los secuestrados por el que yo he denominado «Grupo H» Entre ellas está la de Hughes.

—¿Quiere decir que ha hablado con ellos?

—No tuve tiempo material para hacerlo con los veinticinco restantes...

—¿Veinticinco?

—En total fueron secuestrados veintinueve, pero doce de ellos no nos han sido comunicados. Considero que deberíamos investigar las razones por las cuales las esposas de esos doce caballeros han preferido pagar el rescate y guardar silencio sobre la no reaparición de sus maridos. Quizás obtengamos resultados sorprendentes.

Los reunidos en torno a la mesa intercambiaron miradas significativas entre sí.

—¿Qué hay con esos cuatro que entrevistó? Supongo que conocen las responsabilidades en que han incurrido...

—Todos ellos están absolutamente convencidos de no haber hecho nada malo, ni infringido ninguna ley moral, humana; por lo demás, en la actualidad se encuentran disfrutando de la vida y de su recuperada libertad en países que no tienen firmados tratados de extradición con nosotros, utilizan nombres e identidades diferentes y no puedo garantizar que los puntos donde me entrevisté con ellos sean los de su residencia actual.

—Parece como si estuviera decididamente de su parte, Telford.

—Les agradeceré que antes de formular juicios sobre este asunto escuchen lo que todos estos «auto secuestrados» tienen que decir con respecto a sus casos particulares.

Extrajo una mini grabadora japonesa de su cartera de negocios, puso en ella una de las cintas, la que sin él saberlo había grabado todas las confidencias del señor Hughes, y la conectó. La voz de Hughes resonó en el silencio con su entonación a la vez aliviada,

patética...

Una tras otra, las cuatro cintas magnetofónicas dejaron su contenido. Cuatro historias que se parecían entre sí como hermanas gemelas, con las lógicas variantes...

Los hombres reunidos en torno a la mesa escuchaban, fumaban y de vez en cuando, fruncían el ceño más o menos o disimuladamente esbozaban una sonrisa aprobatoria. Alguna vez fueron generales las sonrisas. Cuando la última declaración hubo terminado, un buen observador habría podido advertir que el ambiente parecía mucho más rebajado de electricidad.

Terry Telford tomó la palabra con su voz suave, cuidada y persuasiva.

—Ya les han oído. Y estoy seguro de que si grabamos las declaraciones de los restantes «secuestrados» serán simples variaciones sobre el mismo tema. Ahora, ustedes decidirán si esos hombres y quienes les ayudaron a recuperar la libertad son realmente culpables.

—No somos nosotros quienes hemos de decidirlo, Telford.

—En realidad, legalmente han cometido unos cuantos delitos muy tipificados.

—Pero me vería en un verdadero brete si me colocaran en un jurado y me obligaran a decidir en justicia.

—Yo no vacilaría.

—No estamos aquí para formar un jurado, señores.

—Discúlpeme, señor. Ya que he sido encargado de resolver este caso y en ello se juegan mi prestigio y mi carrera; creo que tengo algo que decir.

—Dígalo.

—Todos esos hombres han infringido unas cuantas de nuestras innumerables leyes. Pero por el delito que han cometido no pueden ser juzgados en este país, no, al menos, mientras exista nuestro actual sistema de justicia.

—¿Cómo? ¿Está usted loco?

—Concrete, Telford. ¿Cuál es el impedimento?

—Básicamente, éste; no se podría jamás formar un jurado.

Uno de los allí presentes silbó. Otro sonrió, divertido. Otro frunció el ceño... Telford remachó:

—Y no se podría por una razón que ya han aceptado todos

ustedes. Pónganse en el puesto del juez que hipotéticamente debería presidir el juicio. ¿Aceptarían a una mujer casada como miembro del jurado? Jamás la aceptaría el defensor, por obvias razones. ¿Y a un hombre casado? Por las mismas no lo aceptaría el fiscal. ¿Mujeres solteras? ¿Viudas? ¿Quién creería su afirmación de que iban a juzgar el caso sin ningún prejuicio? Y lo mismo con los casados o los viudos. Habría batallas realmente épicas en torno al nudo del problema. ¿Es culpable, delincuente, el hombre que después de muchos años de esclavizada vida conyugal, al filo de la cincuentena descubre de pronto que ya no puede aguantar más, que está harto de todo cuanto hace, que se asfixia dentro de un férreo cerco de convencionalismos, obligaciones y falsas necesidades, que lo acecha el infarto de miocardio, que no puede dar un paso fuera de los rígidos límites del esquema social, que su hogar se ha convertido en un presidio y su esposa en un carcelero, que carece de independencia, de ilusiones, esperanzas y posibilidades para el futuro, que sus únicas perspectivas consisten en ir de casa al trabajo, del trabajo a su casa, de su casa adonde su esposa quiera llevarle, y siempre así, un día y otro día, hasta que revienta? ¿Un hombre que descubre su absoluta imposibilidad un día y otro día, hasta que revienta? ¿Un hombre que descubre su absoluta imposibilidad a su dueña y señora siempre y cuando ella cumpla un mínimo de requisitos que todas cumplen mejor o peor incluso por inercia? Un hombre que no puede alegar infidelidad, ni malos tratos, ni ninguna de las causas admisibles de divorcio, porque todo lo que le sucede ésta lo considera lógico, normal, razonable y aceptable... Sólo que no es ni razonable ni aceptable, una vez pasados ciertos límites que no hay forma legal de concretar, señores. Y eso lo sabemos nosotros, lo saben millones de hombres casados, solteros y viudos en este país. Pero ellas, las mujeres, son más que nosotros en este país, cuentan con mayor número de votos y controlan las tres cuartas partes de nuestro dinero nacional. ¿Qué legislador, qué político, será tan loco como para desafiarlas atacando sus sacrosantos intereses? Ninguno. Y así estamos.

Había disparado las palabras de su discurso suavemente, pero en tono incisivo. Y no le interrumpieron, veíase que estaban más de acuerdo con él de lo que deseaban demostrar. Siguió:

—Delincuentes, sí. Pero ¿quién le pone el cascabel a ese gato?

¿Pretenden que hagamos explotar ese polvorín? Ya tenemos a los negros, los descendientes de los indios aborígenes, los neomexicanos, los puertorriqueños... Tenemos el

Viet-Nam,

los universitarios y las drogas. ¿Qué pasará si tratamos de llevar al banquillo a una treintena de honrados ciudadanos de este país, gente intachable, por el tremendo crimen de haber hecho lo único que podían hacer para recuperar su perdida libertad sin causar daño a nadie? Tengo entendido y mucha gente aún lo piensa así, que este país acuñó los Derechos del Hombre, que aquí se proclamó siempre como intocable el dogma de que todo hombre tiene el derecho a luchar por su libertad. Pues eso, y no otra cosa, es lo que han hecho esos veintinueve ciudadanos, así lo van a pensar veintinueve millones de otros ciudadanos, como mínimo. Piensen un poco en la que se va a armar si seguimos adelante.

Dejó que sus palabras actuaran. Y estaba actuando. Hubo un breve silencio que rompió el «Viejo» con su dura voz:

—Usted es condenadamente hábil, Telford. Debería inscribirse como abogado dejándonos tranquilos aquí.

—Tal vez lo haga antes de lo que piensan.

—¿De veras? No me dé esa alegría, hombre, si no es cierto.

—Cálmese. En todo caso no será mañana.

—Hum... Así que nos propone nada menos que darle carpetazo al asunto...

—Si no se atreven, pasen toda la información más arriba y que allí decidan. La alternativa ya la conocen. Habrá que armar una muy gran polvareda, solicitar extradiciones a varios países, se deberán explicar las razones... Nos vamos a clavar nosotros mismos en la picota del ridículo ante la opinión mundial, señores. Claro que estamos inmunes al ridículo...

—Observo que nos ha dicho muy poco sobre los ejecutores de todos esos secuestros, Telford. ¿Acaso no conoce su identidad?

—Con pelos y señales. La temible banda la dirigía un multimillonario y financiero anglo-canadiense que en su día debió también soportar la tiranía de una de esas esposas anglosajonas casi perfectas y al quedar libre ideó ayudar a libertarse a otros tristes como Vinson III, pertenecientes a importantísimas familias y con madres del género al que pertenecen las esposas de los

«secuestrados». Puedo darles naturalmente todos sus nombres, podemos llevarlos a la cárcel y acusarles. Al jefe, naturalmente, habrá que extraditarlo. Luego será preciso contar, y hacerles contar por qué hicieron lo que han hecho. Calculo que al menos seis o siete empingorotados matrimonios de este país se van a ir al traste y no seré yo quien lo sienta.

—O sea, que nos tiene bien atrapados, a su juicio.

—Yo no. Los intereses creados, las normas de nuestra civilizada sociedad. Quien ideó este juego posee un cerebro de primera clase y calculó muy bien todos los riesgos, sabe que estamos atrapados en nuestra propia trampa. Si alzamos la liebre, el tiroteo indiscriminado no va a dejar títere con cabeza. Si actuamos con prudencia, ese distinguido caballero dismantelará su quijotesca organización, se terminarán los falsos secuestros y las honorabilísimas propietarias de un marido, en este país, podrán respirar tranquilas porque nadie les va a pellizcar sus bien ganados ahorros.

—¿Quiere decir que ese tipo... ese individuo... pretende que aceptemos una componenda?

—Meramente la sugiere. De nosotros, de ustedes, es la última decisión.

Hubo un nuevo silencio. Y luego habló el Gran Jefe.

—Hablaré con el Secretario de Justicia y con el Presidente hoy mismo, exponiéndoles el caso y la situación. Mientras tanto, usted no va a moverse de la ciudad, Telford. Personalmente le mandaría al diablo con mucho gusto, pero una vez más me ató las manos con una de sus malditas sorpresas geniales...

Cuando abandonaba la sala de conferencias, uno de sus superiores, que había tomado parte en la misma, se le acercó a Telford y le gruñó:

—Personalmente, Telford, le felicito. Lástima que deban terminar sus tareas esos muchachos de su «Grupo H». Pero si lo menciona le degüello vivo.

Capítulo XIV

LA señora Florentine Hughes jamás llegó a saber que le había sucedido a su esposo en realidad. Fue informada por la policía, oficialmente, de que él se encontraba con toda certeza vivo, pero fuera del país, y de que no había posibilidades de localizarlo. También se le informó que él había preparado su propio secuestro con la complicidad de unos «profesionales» inidentificados. Naturalmente, la señora Florentine Hughes se llevó un formidable disgusto, mucho menos por la pérdida de su marido que por la de sus cien mil dólares.

—El muy canalla... Jamás se lo voy a perdonar...

Cuando se le encalmó algo el berrinche, la señora Hughes fue a consultarle a su abogado acerca de las cosas que legalmente podrían hacerse para conseguir que su marido le devolviera su dinero. Pero el abogado, después de haberla escuchado, y de investigar en las oficinas locales del

F. B. I.,

le aconsejó desistir de sus intentos.

—Al parecer su esposo se halla en un país que no tiene convenios de extradición con el nuestro y la policía ignora realmente su paradero actual. En cualquier caso, localizarlo costaría tiempo y dinero, sin muchas posibilidades de conseguir que él admitiera sus culpas y mucho menos estar en posesión de parte del dinero que usted pagó por su rescate en cierto modo. Dado que de hecho ese dinero le fue robado a usted, él podría alegar que nada sabe del mismo y no podríamos probar lo contrario sin contar con testigos, en este caso quienes le robaron el dinero a usted, los cuales, por lo visto, no han podido ser identificados.

—¿Y me voy a tener que conformar...?

—Ése es mi consejo. Pero si quiere que llevemos las cosas adelante se pueden contratar los servicios de un detective privado...

El abogado le hizo un somero cálculo de gastos previsibles y la señora Hughes realizó los suyos mentalmente. Iba a costarle la torta un pan sin garantías de recuperar su dinero, en el mejor de los casos. Al marido que de tal modo, tan humillante para ella, se había libertado de su férula, no tenía mayores deseos de recuperarlo...

La señora Hughes presentó instancia de divorcio fundamentada en «abandono del hogar, simulación de secuestro, intensa crueldad mental, humillación intolerable...». Pero no mencionó la pérdida de su dinero porque habría sido un «Inri» demasiado grande para ella y porque existían ciertas dudas legales acerca de que un cónyuge pueda robar al otro en las circunstancias que concurrían en su caso.

Naturalmente, le concedieron el divorcio. Y también, como indemnización, lo que había pedido, o sea la casa conyugal en plena propiedad, los muebles, el coche y todos los etcéteras, ya que el señor Hughes no se presentó, ni por sí ni por medio de un representante legal, a deponer en su favor, lo cual admitióse por el juez como prueba tácita de culpabilidad.

La señora Hughes se apresuró a vender casa y muebles por un precio muy razonable, ya que le urgía desaparecer de una vecindad donde se conocían, siquiera nebulosamente, los hechos. Una cosa que hizo fue seguir abonando las cuotas mensuales del seguro de vida, de su fugitivo esposo, cuando se le confirmó con todas las seguridades posibles que mientras tanto él no diera personalmente y por escrito contraorden, ella seguiría siendo beneficiaria de tal seguro. A la larga, aquel dinero la resarciría de su presente pérdida...

Luego la señora Hughes se mudó al otro extremo del país, y como aún estaba de buen ver, buscó cuidadosamente a otro ingenuo con hambre de cariño, compañía, cuidados y mimos femeninos. Muy cuidadosamente, porque ya estaba escarmentada y esta vez no pensaba dejar ningún resquicio por donde su presa se le pudiera escapar.

Franklin Vinson III fue libertado a la chita callando y no quedó fichado en los archivos policiales, como parte de una operación diplomática de envergadura destinada a enterrar el «*affaire*» de los falsos secuestros en cadena, operación de gran altura en la que se

afirma tomaron parte algunas de las más altas autoridades del país. De la discreción con que fue llevada por parte de todos resultó buena muestra el hecho de que la casi todopoderosa prensa — incluidas cadenas de radio y televisión— apenas si olfateó la verdadera importancia del asunto y sólo acá y allá brotaron chispazos de alarma inmediatamente yugulados. Había demasiados intereses en juego.

—Si esto llega a conocerse en toda su magnitud y detalles será un cataclismo nacional que ríanse ustedes de la «ley seca» — comentó un importantísimo personaje político—. La «Cosa Nostra» iba a ver abrirse para ella la mayor fuente de ingresos desde los días de la prohibición.

—Trepidarían los mismísimos cimientos de nuestro edificio social —dijo otro personajazo de primera fila—. Hay que enterrar este asunto de tal modo que nadie pueda desenterrarlo.

Y se enterró.

El inspector-jefe Telford debió soportar otra filípica de padre y muy señor mío, pero unida a una velada felicitación por el tacto y la habilidad con que había liquidado aquella perniciosa situación. Sin embargo se le advirtió muy claramente que en adelante no iban a perdonarle ni una y volvieron a sugerirle la conveniencia de que abandonara el servicio.

—Usted es demasiado bueno, Telford, demasiado genial. Lo que el servicio necesita son medianías que piensen lo justo y en la debida dirección, actúen dentro de los reglamentos y se ciñan en todo momento a la disciplina. Así tal vez queden sin resolver un alto porcentaje de delitos, pero al menos todos nos sentiremos más tranquilos...

Era una posición razonable y Terry Telford lo admitió. El genio es siempre un elemento perturbador en cualquier campo social, pero muchísimo más dentro de un cuerpo policíaco.

—Abra usted una agencia de investigación privada. Le prestaremos todo nuestro apoyo, se lo garantizamos incluso por escrito. Pero deje el servicio, por favor...

Terry Telford pidió unas semanas para reflexionar. Se mostraron generosísimos.

—Tómese unas vacaciones todo lo amplias que le plazca. Dos meses, tres, diez...

Evidentemente, los días del inspector-jefe Telford estaban contados. Sus días como agente federal, naturalmente. Y él sabía muy bien que era así, por mucho que quisiera estirar la situación.

—Tuya ha sido la culpa por entero —se quejó a Bárbara Brainard—. Has conseguido ponerme en entredicho.

Ella pareció muy satisfecha admitiendo su culpabilidad. Más aún, lo hizo con total descaro.

—He puesto mis cinco sentidos y todas mis malas artes de mujer en conseguirlo, vida mía. Y ya sabes cómo somos las mujeres cuando algo nos interesa de verdad.

—Sí que lo sé. Nacisteis de las uñas de la mano izquierda de Satanás y os insufló su soplo en el cerebro por el oído izquierdo. Está en los viejos libros.

—Pues entonces resígnate. Después de todo, ¿qué más te da un par de años antes o después?

—Hubo un pacto y lo tendrás que cumplir. Dos años es el plazo, antes ni siquiera tú, con todas tus brujerías, conseguirás que me convierta en un hombre casado. Y aún después...

—¿Qué?

También entiendo un poco de brujerías, voy a ver si consigo evitar la consumación de mi derrota.

—¡Bah! Sabes perfectamente que no has de conseguirlo.

Eso era lo malo, que Terry Telford sospechaba que ella tenía razón. Y sabido es que cuando la sensación del fracaso se apoderaba de un contendiente, aun cuando todavía esté en plena posesión de sus fuerzas y medios de combate, de hecho ya está vencido.

Por lo pronto, marchó al Congreso de Demonología y Ocultología que se iba a celebrar en la ciudad alemana de Munich, donde aparte de otras bellezas tienen una cerveza estupendísima. Él tenía numerosos amigos entre los congresistas y también una interesante moción que presentar, acerca de las influencias demoníacas en la conducta de determinados sectores de la sociedad actual y la probabilidad metafísica de que Satanás haya encontrado por fin el arma adecuada para aniquilar la conciencia humana y llevarse a toda la Humanidad a su redil. El arma, de resultados altamente comprobados, se llama Tecocracia y parece servir a la vez para embrutecer la mente del hombre y convencerlo de que ya no necesita para nada a Dios.

Su tesis obtuvo un éxito resonante y mereció los honores de ser citada en el cuadro de honor. Como él suponía también el que poderosas presiones se movieran en su país para conseguir su separación total del servicio federal.

—Existe una dinámica de los hechos que no se pueden forzar, desviar ni detener —admitió en subsiguiente visita al refugio de *sir* Percy donde, por cierto, también se encontraba Bárbara Brainard—. Cualquier intento de hacerlo termina indefectiblemente en el fracaso. Y en este caso, desde el mismo instante en que se me encargó de aclarar el presunto secuestro de Hughes pusiéronse en marcha toda una serie de fuerzas metapsíquicas convergentes y catalizadoras de presiones que flotaban en el espacio inmenso, las cuales decidieron cual sería el subsiguiente rumbo de mi vida.

—Afortunadamente, tu sabiduría te ha hecho sensato. Sólo te falta admitir que fui yo quien desencadenó ese proceso.

—No puedo, porque falsearía la verdad. Yo mismo lo desencadené aquella noche en que mi discurso impresionó demasiado a *sir* Percy, llevándole a rumiar la idea de poner en acción un quijotesco plan libertador de esclavos. Ahora la rueda se cierra y soy yo quien se va a esclavizar a una mujer.

—A eso se le llama fatalidad, pobre amor mío...

—Fatalidad y desgracia.

—Terry tiene razón. Todo se encadenó fatalmente desde un principio. Él expuso su teoría, yo la recogí y alumbré una idea, después te la transmití y tú le hallaste de inmediato practicidad que te iba a favorecer. Tú y yo poseíamos los medios y las capacidades necesarios para llevarla a cabo, supimos cómo hacerlo y lo demás ya era una simple cuestión de matemáticas, pronto o tarde tendrían sus jefes que encargarle el esclarecimiento de uno a nuestras fechorías.

—Me lo encargaron. Y aunque todavía estaba a ciegas acerca de la identidad de los secuestradores, ya mi mente había elaborado una teoría acerca de su actividad y sus móviles. No fue intuición, sino otra cosa. Sé que mi cerebro captó en un momento dado las ondas magnéticas del tuyo y a partir de entonces se mantuvo una conexión telepática que sin advertirlo mí «Ego consciens» me fue guiando, empujando, a realizar toda una serie de actos moderadamente insensatos e indignos de un investigador vulgar y

corriente, los cuales culminaron con el arresto de Vinson.

—En efecto, fue el arresto de Vinson, y la subsiguiente pelotera que se armó, lo que nos hizo decidirnos a dar la cara y detener el juego.

—Después de todo yo ya había conseguido mi propósito...

Ella había conseguido en efecto todos sus propósitos. Ella era la verdadera triunfadora y nadie, Terry Telford menos que nadie, pensaba discutirle su triunfo.

Pero aún le faltaba el «Inri».

—De todos modos, la próxima vez lo haremos mucho mejor.

Telford estaba saboreando un «Marsala» añejo en copa de Murano. Se le atragantó y lo espurreó.

Cuando pudo recuperar la normalidad respiratoria miró inquisitiva y alarmadamente el rostro hermoso, radiante, ingenuo, de su adorada. Y se asustó de su mirada picara porque conocía las consecuencias de la misma.

—¿A qué te refieres?

Sir Percy mantenía una beatífica actitud también, como compete a un «*gentleman*» británico que se encuentra en paz con su conciencia y muy a gusto con una situación. Bárbara sonrió como ella sabía hacerlo y escogió la nota más dulce y acariciante en el registro de su maravillosa voz.

—¿A qué va a ser amor mío? Imagínate, la cantidad de Hughes que hay en ese país tuyo... y en los demás también.

Telford respingó y se echó adelante, amenazándola con el índice.

—Ah, no, Bárbara Brainard, eso sí que no. Paso por lo de casarme contigo si no me queda otro remedio...

—No te queda otro remedio. Pero como te echan del F. B. I... Bueno, te ruegan encarecidamente que te marches y no tienes otra solución ya sino aceptarlo, he pensado que te vas a quedar un poquitín en el aire, con riesgo de aburrirte. Y conociendo como conocemos tus puntos de vista y opiniones, *sir* Percy y yo hemos supuesto que no te desagradaría la idea. Imagínate, con nuestra experiencia y la tuya reunidas, la guerra que vamos a dar, la cantidad de pobres hombres a quienes vamos a salvar de la esclavitud conyugal y el infarto de miocardio...

—Bien mirado es incluso un caso de conciencia, Terry —

apostilló con cachaza *sir* Percy mientras se molestaba en rellenarle la copa—. Hasta podría llamársele un deber moral, una excelente obra de caridad cristiana. Libertar al esclavo, alargar la vida del condenado a muerte... Creo recordar que son más o menos sus propias palabras de hace tres años.

Sus propias palabras, que hacía tres años... Terry Telford miró alternativamente a aquel par de magníficos pillos que le sonreían y suspiró, echó mano a la copa y la apuró de un trago.

—Que satanás me lleve si no me merezco este castigo —dijo. Y entonces Bárbara Brainard se levantó, fue a él.

—Te lo mereces y lo cumplirás —dijo suavísima—. De eso yo me voy a encargar, amor mío.

Después hizo lo que deseaba hacer. ¿Quién podría impedirselo? No, desde luego, Terry Telford.

FIN

JEAN.



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue

MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas

